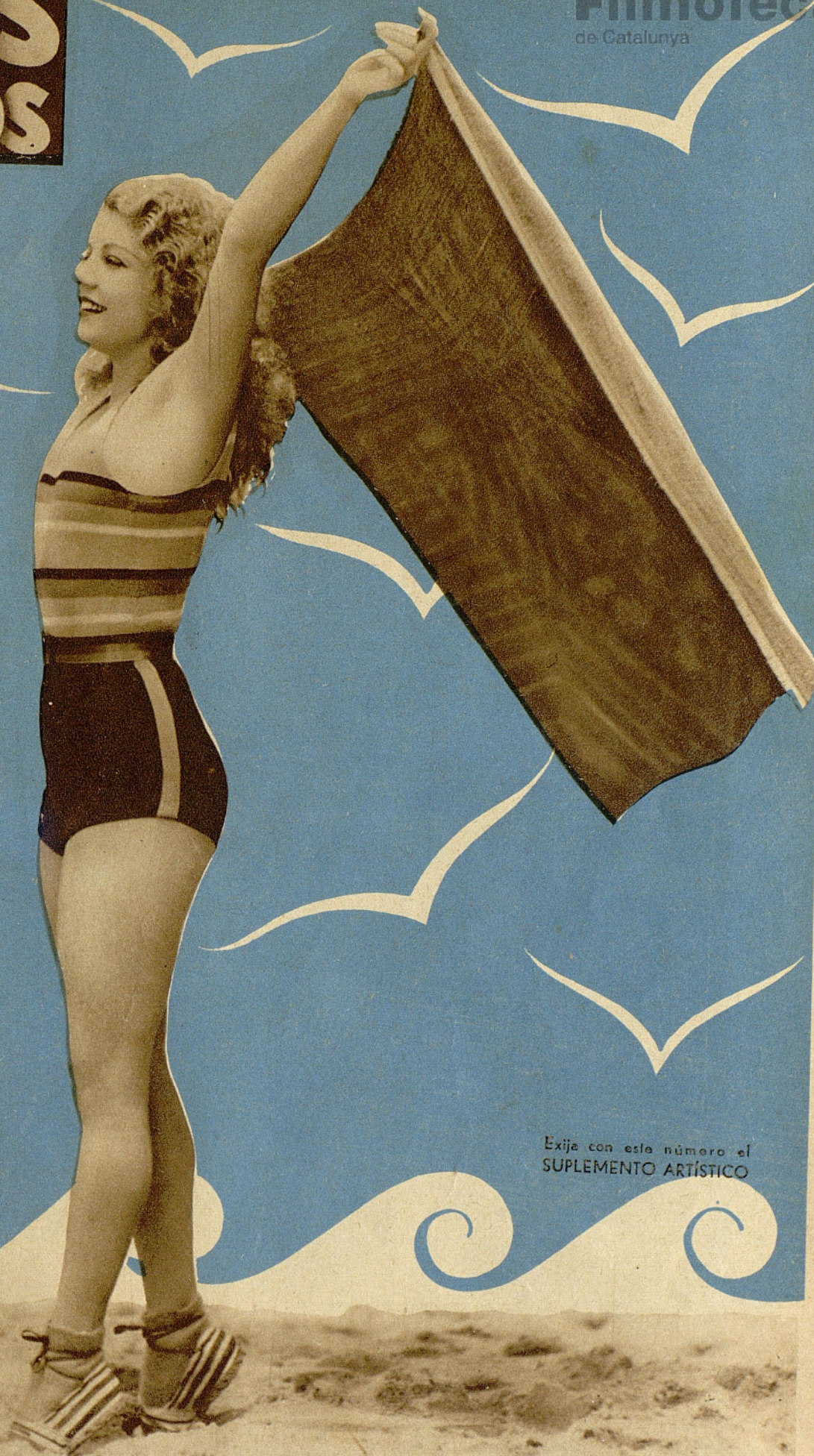


FILMS SELECTOS

FilmoTeca
de Catalunya



Exija con este número el
SUPLEMENTO ARTÍSTICO



AÑO III N.º 93
23 de julio de 1932

Ruth Selwyn, artista de la Metro gozando de los placeres de una playa californiana.



Dice el pie de esta fotografía: «Marceline Day, de la Metro, lista para un bello salto y zambullida en el pozo de baño de su quinta». A nosotros no nos parece pozo, sino un modestito surtidor y no creemos que vaya a lanzarse a él desde lo alto de la escalera, porque el porrazo que se pegaría sería de los que hacen época.

DIVAGACIONES CINESCAS

Un inconveniente desconocido

Como la de todo buen aficionado al arte de las sombras que se mueven y hablan, nuestra mayor ilusión se cifraba en ver al natural unos estudios cinematográficos. Y si estos estudios podían ser sonoros, nuestra ilusión llegaba entonces a la culminación máxima de todas las esperanzas terrenales.

Y he aquí que una ocasión propicia nos ha abierto inesperadamente las puertas de uno de esos maravillosos palacios que la fantasía del cineasta adorna siempre con todas las bellezas del interés y la curiosidad. Hemos estado, por fin, en unos estudios cinematográficos y hemos visto con nuestros propios ojos cómo se impresionan los famosos cuadritos de celuloide.

¿Cuál es nuestra impresión? La de todo iluso que ve por primera vez en la realidad lo que sólo había visto en la imaginación. Una grata impresión de hombre de buena fe, un candoroso deslumbramiento de creyente y devoto de esta idolatría del siglo xx. Pero añadiendo a todo ello la sorpresa de una operación que desconocíamos en absoluto como necesaria en los trabajos de filmación.

En general, sabíamos de antemano todo lo que se hace en un escenario para la impresión de una cinta. Habíamos leído mucho sobre el calor sofocante de los «sunlights», sobre el trajín de técnicos y tramoyistas, sobre las precauciones de silencio riguroso, sobre el ir y venir del director, sobre el engorro de tener que repetir hasta el hastío las escenas difíciles o deficientes... De todo, de todo, teníamos ya algunos antecedentes, excepto de una operación, sin duda de suma importancia, que vimos por primera vez efectuar el otro día. Antes de empezar a filmar la escena, un tramoyista se dedicó a rociar con un fuelle pulverizador todos los muebles y paredes del escenario. De momento, se nos antojó que con el tal fuelle quitaba el polvo al mobiliario, y ya íbamos a ponderar la pulcritud, casi doméstica, de los estudios, cuando alguien nos advirtió que no quitaba el polvo, sino que rociaba el ambiente con un líquido insecticida para destruir las moscas y mosquitos que pululan por los estudios y son capaces de estropear una escena, acaso la mejor realizada.

Realmente, la mosca y el mosquito son dos enemigos de consideración, y, sin embargo, nada habíamos leído a propósito de ellos entre «las dificultades que han de vencer los técnicos». ¿Será tal vez que en Norteamérica no se conocen esos insectos y, por tanto, nada se ha podido decir de ellos? ¿O tal vez existen y no representan allí ninguna difi-

cultad? Sea como sea, lo cierto es que en los estudios de aquí son una verdadera plaga los dípteros que vuelan zumbando y fastidian picando, y es preciso exterminarlos con el líquido insecticida de aquel curioso fuelle pulverizador.

El calor sofocante que irradian los focos de luz convida al merodeo de las moscas. Ese ambiente pegajoso es el más propicio para verlas volar pesadamente por el aire, hasta que se posan, molestas, en el cogote o en la muñeca. ¡Qué impertinentes son entonces! Por más que uno las eche, siempre vuelven con la misma pesadez, y, a fuerza de darles manotadas en el aire, acaba uno por ponerse nervioso.

Figúrate, pues, ahora, lector, que en un momento solemne de la tragedia cinesca, cuando la máquina coge un primer plano insospechado, aparece una mosca en la mejilla de la heroína, o en la punta de la nariz del galán. ¿Qué efecto te haría esa intromisión del reino animal en el terreno del arte puro? Habría de inutilizarse — claro está — la escena, y si ya por mil motivos de orden superior se estropea una cantidad considerable de celuloide, sólo faltaría que viniesen las moscas a acabar de arreglar el cuento y aumentar los gastos.

Y lo mismo decimos de los mosquitos, rapaces golosos que, por la golosina, no han llegado a ser moscas. ¿Qué efecto nos causaría oír en el altavoz el cachete seco y cerrado que nos damos en la cara para atrapar — sin conseguirlo, como es natural — el mosquito que nos viene zumbando en los oídos desde hace rato? Sería suficiente ese leve estallido para desconcertar la mejor sonorización de la cinta.

He aquí, pues, las maldades que pueden cometer las moscas y mosquitos en el sagrado recinto del templo de la cinematografía. Maldades de que no tuvimos noticia hasta el otro día, en que vimos aquel tramoyista impregnando materialmente de insecticida los muebles, las paredes, el suelo, los objetos y aun el aire mismo que se ha de respirar en el escenario.

Y entre el calor sofocante de las luces, el vaho de la pintura, del yeso, de la madera, del cartón, de las mil materias que juegan en la construcción artificial, y el olorillo del insecticida de marras..., bien podemos dar gracias al cielo porque no le haya dado al cine por ser «oliente», como le ha dado por ser «parlante», porque entonces no creemos que nadie aguantase las películas con los «perfumes» con que hoy se impresionan.

LORENZO CONDE

FILMS
SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya

REDACCIÓN
Y
ADMINISTRACIÓN
Diputación, 219. Tel. 13022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde, 30 y 32

PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Tres meses... 375
Siete meses... 750
Un año... 15.

América y Portugal
Tres meses... 475
Siete meses... 950
Un año... 12.

CADA
SÁBADO

NÚMERO SUELTO
30
CÉNTIMOS

Films Selectos sale los sábados

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando, si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

671. — A *Un encinematografiado* le interesaría saber si Sidney Chaplin (hermano de Charlot y conocido actor cómico), se ha retirado del cine o si es que no sirve para el cine sonoro. Me gustaría saber el nombre de las películas en que ha tomado parte y algo de su vida íntima, edad, etc.

672. — Haciéndome falta el número 1 de esta sin igual revista cinematográfica y deseando tenerla completa para empastarla, le ofrezco al amable lector que quiera proporcionarme dicho número, 2 pesetas, siempre que esté en buen uso.

Dirigirse a Pedro José Villarreal, calle Alcalá Zamora, 25, Pozoblanco (Córdoba).

673. — Francisco Reguera desea conocer el domicilio particular de la gentil estrella, María Luz Callejo, de la cual es un apasionado admirador, y además, si saben cuándo marcha otra vez a los estudios cinematográficos.

674. — Ancaro desearía saber si a algún lector de esta simpática revista le interesaría un libro que tiene, titulado *Tres cómicos del cine*, en el cual están las biografías de Charlot, Harold Lloyd y Clara Bow, remitiéndole a cambio fotos de artistas de la pantalla.

Señas: Antonio Cantos Romero, Victoria, 3, Sanlúcar de Barrameda (Cádiz).

675. — Dice Ramón Lara: Mi más ferviente deseo es llegar a ser un buen artista de cine. Tengo diecinueve años y soy fotogénico. Hablo el castellano correctamente, cultivo tres deportes: fútbol, natación y ciclismo; he trabajado

Para enriquecer la sangre, aumentar el apetito y fortalecer el sistema nervioso, es un medicamento ideal el Jarabe HIPOFOSFITOS SALUD.

en el teatro como aficionado, muchas veces habiendo gustado mucho y todas las personas que me han visto dicen que podría llegar a ser un buen artista, y yo quisiera que probaran mis aptitudes en un papel de poca importancia. Mi especialidad son los papeles cómicos. ¿Hay alguien que quiera ayudarme?

676. — El fantasma de la ópera al dirigirse por primera vez a esta revista, saluda a sus simpáticos lectores y quedaría agradecido a quien le indicara dónde podría adquirir una fotografía de Lillian Roth y quienes son los protagonistas de la gran película *M*.

677. — Tres castellanos ruegan a cualquier lector o lectora de esta revista, contesten a las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las principales condiciones y los generales conocimientos que un hombre precisa para actuar en la pantalla? Si se cuenta con los requisitos indispensables que exige el séptimo arte en un actor ¿dónde y cómo pueden exponerse con satisfactorio resultado? Mandando a cualquier estudio cinematográfico diferentes fotografías ¿podrá revelar el fotografiado condiciones artísticas ante algún técnico? Si dicho técnico halla aptitudes excelentes ¿es probable que contrate a tal persona? ¿A qué punto y a qué casa pueden enviarse con mejor resultado dichas fotografías? Gracias mil anticipadas.

CONTESTACIONES

738. — Eduardo Minguez de la Rica contesta a *Tres reinas de los talkies*: ¿Ser estrella? ¡Oh sueño dorado de tantos y tantos miles de españoles! ¡Sueño que con el transcurso del tiempo va desapareciendo! ¡Son tan escasos los que llegan a realizarlo...! ¡Se necesitan tantas cosas y a veces aun poseyéndolas no se llega ni a ser un simple extra!

Entre las condiciones que se necesitan son éstas las generales: ser extremadamente fotogénica: es un requisito indispensable; poseer una voz que se adapte al micrófono; conocer el canto y el baile; practicar toda clase de deportes; hablar perfectamente su idioma y conocer el inglés, el francés o el alemán (con la perfección de uno a veces basta); además, pueden tener la seguridad de que las harán mostrarse

en mallot o muy ligeritas de ropa. Con todo esto ya digo que no es seguro triunfar. Todo depende de la suerte y también de la influencia que se tenga.

La dirección de Imperio Argentina es ésta: Paramount Studios, Joinville, París.

Quisiera sostener correspondencia con señoritas españolas o extranjeras. Mis señas son: Eduardo Minguez de la Rica, Santa Ana, 7, Tarazona (Guadalajara).

De Tahoser son las contestaciones siguientes:

739. — Para Max: Albert Prejean, actor de la pantalla francesa, de familia acomodada, se dedicó al cine por deporte, habiendo intervenido en las películas siguientes: *Un sombrero de paja de Italia*, para la Albatros-Film, de Alemania, con Olga Tschechowa; *El chofer de su señora*, con Dolly Davis; *Verdún*, con Suzanne Bianchetti; *Los nuevos señores*, con Gaby Morley; *Bajo los techos de París*, con Pola Illery; *Noche de redada* (*Soir de rafle*), con Annabella. Dirección actual, Films Osso, 73, Avenue des Champs Elysées, París, donde recibe su correspondencia. Sus dos últimos films, *El tiburón*, con Gina Manés, y *La aventura amorosa*, con Marie Glory.

740. — Algunos datos sobre Tony d'Algy para *Una belleza mallorquina*: Este simpático actor portugués, hermano de Elena d'Algy, ha trabajado por largo tiempo en los estudios franceses. Es de carácter afable y risueño. Recibe por término medio doscientas cuarenta cartas diarias de sus admiradoras. Posee un magnífico packard y no se arredra por las multas repetidas que le son impuestas por excesos de velocidad. Apasionado de todos los deportes, ha adquirido una avioneta, con la cual piensa realizar una breve excursión por España. Es moreno, cabello y ojos del mismo color, mide 1,81 de estatura. Creo que es soltero; últimamente se le ha visto mucho en compañía de Enriqueta Serrano. Puede escribirle al Bureau des Studios Paramount, 7, rue des Reservoirs, St.-Maurice (Seine), Francia.

741. — Para Louis: Charlie Spencer Chaplin (Charlot) nació en Londres, en el barrio Kennington (suburbio), el 16 de abril de 1889. Fué un verdadero gólfillo callejero hasta los diez y seis años, mozo de hotel a los diez y ocho y payaso de circo a los veinte, logrando alcanzar alguna fama en esta época de su vida, cuyo principio fué de la manera siguiente: Hará unos veinte años Charlie trabajaba en la compañía de Fred-Carno; la escena en la que él actuaba representaba el escenario de un music-hall, con sus palcos y prosencios, en uno de los cuales estaba Charlie (pues entonces no tenía el sobrenombre de «Charlot»), vestido de colegial de Eton, en compañía de otros colegiales y de un señor que representaba el papel de cariñoso papá que lleva a sus chicos traviesos a la función. Los números que iban apareciendo eran a cuál más cómicos y la misión de Charlot era hacer mil diabluras para burlarse de los artistas hasta el final; el escenario quedaba finalmente lleno de platos rotos, animado todo ello con las caídas graciosas y los gritos atiplados del clown, que representaba el papel de «estrella», con botas de elásticos, coloréte y peluca de pelo rojo. En esta obra Charlot llegó a hacerse el personaje más popular de la compañía. Más tarde Mack Sennet, el empresario norteamericano, vióle representar y le contrató para el cine, pasando poco tiempo después a la «Keystone», Essanay y Artistas Unidos. Su situación actual es independiente. Hay quien dijo que Chaplin copió los andares y las botas al gran clown Little Tich.

Charlot, el eterno descontento, es un donjuán en su vida privada, habiendo hecho el amor sucesivamente a Claire Windsor, Lila Lee, Ann O. Nilson, Georgia Hale, Virginia Cherrill y dicen también que a Conchita Montenegro. Su estado en la actualidad es divorciado de Lita Grey, desde 1926, habiéndolo estado anteriormente de Mildred Harris (1919). Tiene dos hijos de Lita, llamados Charles y Sidney Earle.

742. — Para Azalais: First National, 321, West 44th Street, New York, es la dirección de Richard Barthelmess.

En el año 1916 era Barthelmess un modesto empleado de los estudios Griffith. Cierta día, mientras rodaban una escena, el galán de la compañía se negó a continuar, a menos que le aumentarían el sueldo. Furioso Griffith, despidió al exigente, asegurando que le bastaría dar una vuelta por las oficinas para hallarle un sustituto, y la suerte quiso que fuera éste Richard Barthelmess, que empezó así, bajo los auspicios del gran descubridor de «estrellas», su brillante carrera cinematográfica.

Desde aquella fecha memorable se sucedieron los éxitos del joven actor, muy apreciado en Norteamérica. Aunque no ha adquirido entre nosotros una popularidad comparable a la de un Novarro, un Valentino o un Gilbert, el

buen público, no envenenado de «preciosismo», aprecia debidamente su labor. Richard Barthelmess, que cuenta treinta y siete años, casó en 1924 con la actriz Mary Hay, divorciándose en 1925 por negarse ella a abandonar su vida teatral. Del matrimonio vive una hija, que está con Richard. Se volvió a casar en 1929 con Jessica Sargent, divorciada igualmente y con un hijo, pero completamente desligada de toda actividad ajena al hogar.

743. — A *Un comprador semanal de FILMS SELECTOS*: Marlene Dietrich nació el 16 de diciembre de Nombre verdadero, Maria Helena. Hija de militar, muerto en 1914, su madre se casó en segundas nupcias con un capitán llamado von Losah, de los Húsares de la Muerte, de Dantzig; a los pocos meses del fallecimiento de éste y a despecho de su madre, Maria Helena se dedicó al teatro. Anteriormente, en la Escuela de Weimar, llegó a ser una violinista consumada. Al dedicarse a las tablas, Max Reinhardt, la admitió en su escuela de Deutsch Theatre y en seguida la hizo debutar en *La fierecilla domada*. En esta época hace su entrada en la pantalla (alemana), en *La tragedia del amor*, de Joe May. Fué entonces cuando cambió su nombre por el de Marlene Dietrich. Robert Laud le confió al poco tiempo el «rol» principal en *Esto solo es su mano, señora* o *El favorito de las damas*, con Harry Liedtke. Si malo era el film, peor era Marlene. Sólo se preocupó de copiar a la Garbo.

Al llegar a Berlín Josef von Sternberg para filmar las versiones inglesa y alemana de la película *El ángel azul*, de Emil Jannigs, hizo cambiar la vida de la Dietrich, encargándole el papel de protagonista, que habían rechazado Gloria Swanson y Phyllis Haver.

Está casada con un alemán, Seibert, y tiene una nena de cinco años, Maria.

Es rubia rojiza, de ojos azules, y mide 5 pies y 5 pulgadas, pesa 120 libras. Habla perfectamente el inglés, español y francés.

Algunas películas de Marlene: *Hombres sin ley*, con Gastón Modot; *La princesa* (*Oh, la, la!*), con Carmen Boni y Walter Rilla; *El navío de los hombres perdidos*, mudas.

Sonoras: *Marruecos* (su primera cinta hecha en Hollywood), con Gary Cooper; *Fatalidad*, con Victor Mc Langlen; *Tres amores*, en alemán, con Fritz Kortner; *El expreso de Shanghai*, con Clive Brook; y *Una mujer enteramente distinta*, con Ronald Colman.

744. — A *Una morena de ojos negros*: Werner

La cloroanemia de las jóvenes desaparece radicalmente con HIPOFOSFITOS SALUD. Devuelve el rosado color a las mejillas y da sangre pura y fortaleza al organismo.

Fuetterer nació en Alemania (Berlín), el 3 de mayo de 1906. Actor del cinema alemán, a veces trabajó en Francia; es soltero. Dirección: U. F. A. Film, Vertiel Kotheenerstrasse no-4, Berlín (Alemania).

Films de Werner: *¡Abajo los hombres!*, con Elga Brink; *Trenzas doradas*, con Willy Fritz; *La princesa Titina*; *Gran Hotel*, con Mady Christian; *La cajera número 12*, con Dina Gralla; *Ilusiones*, con Mona Maris; *Ladronzuela de amor*, con Lillian Harvey; *La evadida*, con Marcela Albany; *Los estudiantes de Heindelberg* con Dorothea Viek; *El hijo del Agar*, con M. Christian; *Fausto*, con Emil Jannings y Camille Horn; *La condesita loca*, con D. Gralla; *¡Un marido por favor!* y *¡Viva el amor!*, con Anny Ondra. Es rubio, de ojos azules.

745. — Para C. García: Protagonistas de *Sinfonía patética*: Georges Carpentier, el ex pugilista, y Olga Day; interviene también Michele Verly, Regina Dalthy, Henry Krauss y la estrella de la danza, June Roberts.

Maria Luz Callejo nació en Madrid el 7 de agosto de 1909. Aficionada al cine desde muy niña, debutó en el mismo al salir del colegio, en *La chavala*, con Juan de Orduña, y después en *Los chicos de la escuela*. Soltera, morena, de ojos castaños oscuros; mide 1,59 de estatura, pesa 50 kilogramos. El film que más le gustaría interpretar es *Manon Lescaut*, del abate Prevost. Recientemente estuvo trabajando en Hollywood, para la Fox y M. G. M.

Cintas de Maria Luz: *Agustina de Aragón*, con Marina Torres y Manolo San Germán; *La bejarana*, con La Romerito y Luis González; *El bandido de la sierra*; *Zalacain, el aventurero*, con Carranque de Los Rios y Pedro Larrañaga; *El gran capitán*, con Valentin Parera; *Carolina, la nena de plata*; *La copla andaluza*, con Javier Murat; *Un hombre de suerte*, con Roberto Rey; *El embrujo de Sevilla*, con Maria Fernanda Ladrón de Guevara; *Cheri-Bibi*, con la misma y Ernesto Vilches; *La mujer X*, con la anterior y José Crespo; *La fruta amarga*, con Julio Peña y Virginia Fábregas; *El suceso de anoche*, con Nicanor Villalta; *Mamá*, con Catalina Bárcena, etc.

HIPOFOSFITOS SALUD

Eficaz y rápido contra Anemia, Inapetencia y Neurastenia

Renovación - Renacimiento Filmoteca

PARACE ser que, al fin, el cine español — o, mejor, el cine creado en España, pues es obvio el absurdo que encierra la pretensión nuestra..., o de quien sea, de subdividir el CINE, universal y grande, en pequeños cines nacionales — parece ser que el cine español emprendió, en su legítima aspiración, en su bendito ensueño, el certero camino. En Barcelona, en Madrid, las gentes hablan con entusiasmo y con cordura — ¡rara y fecunda alianza! — de proyectos que ya, en el terreno de la organización, de la iniciación, empiezan a ser realidades. Ante el pensamiento y ante los ojos, danzan unas docenas de iniciales — siempre las mismas, aunque combinadas en serie infinita — que denominan las flamantes sociedades formadas para la producción de cintas en nuestro territorio. («Territorio» es la justa expresión geográfica cinematográfica). ¿En cuál de esas combinaciones de letras fijaremos la vista, la atención?... Es peligroso el error, pues aunque todas parecen la misma, resultan luego ser, no sólo distinta cosa, sino cosa opuesta... Veamos, al azar... Al azar sale al palenque la «C. E. A.». Hemos estado de suerte.

Hemos estado de suerte porque aquí el anhelo, la aspiración hacia el cine español, se concreta, toma figura y alma, en unos cuantos nombres gloriosos, resplandecientes de espiritual solvencia... Jacinto Benavente, los Álvarez Quintero, Eduardo Marquina, Arniches y otros autores célebres son, desde ahora, padrinos de este chico, aun no nacido, que es el Cine Español. ¡Dios les pague la buena obra de coger en sus brazos a tan desvalida criaturita! ¡Dios se lo pague... y ponga en sus manos tiento! Porque claro está que ellos saben bien a lo que se obligan...

A mí la noticia me ha llenado de gozo. No ha tenido, sin embargo, la misma repercusión gozosa en todos los espíritus. El hecho de que el conjunto de padrinos de la «C. E. A.» (Cinematografía Española Americana) venga derecho del teatro, tiene el poder de renovar una vieja querella, y enoja y enfurruña a los que se suponen especialistas — ¡ay de nosotros! — del nuevo espectáculo del mundo... No obstante, el teatro es mejor sitio de donde venir, sin ningún género de duda, que la mesa del café, o la peña del club, pongamos por usuales procedencias. El teatro, como «ideal» — con respecto al cine — es un disparate, un absurdo; pero como «tabú» es una tontería. Toda la historia del cine, hasta la fecha, todo el magnífico proceso de su mágico y vertiginoso perfeccionamiento, lo constituye, es cierto, la titánica lucha por desprenderse, por desasirse, por liberarse de las otras artes, y del teatro — la que más la cohibe y aprieta — más que de ninguna..., pero liberación no significa huida. Las nueve musas son hermanas, aunque sean diferentes. Uno de los errores grandes del teatro actual es, precisamente, haber olvidado

do a la danza y a la pantomima, sus antepasadas. El teatro y el cine, bien lejos ahora uno de otro, pueden ya mirarse desde un mismo plano, frente a frente.

Además... El cine es un enorme crisol, que todo lo absorbe, y donde todo se funde y todo se aprovecha... El error está en querer limitar, ceñir, clasificar lo que al cine se refiere... No le dañan, no, al cine, elementos que vengan del teatro, con tal de que no se utilicen como únicos, ni como primordiales, ni siquiera como sobresalientes... Con tal de que se fundan, sin animadversión ni desdén, con otros elementos que vengan del deporte, y de la fábrica, y de la naturaleza; de la tierra, del mar, del aire; del intelecto y de la sensibilidad, de la fantasía abstracta y de la escueta percepción física... De la individualidad más fina, y de la más amorfa masa... Del renombre y del anónimo... Con esta condición no estarán de más, no, los hombres de teatro en el cine.

Y aún: no sería noble hacernos los desentendidos al hecho de que el cine, en todas partes — pero, sobre todo, en Alemania y en Norteamérica —, ha recogido del teatro, con especial interés, la mayor y mejor suma de humanos elementos, para hacerlos suyos. Si ellos se han dejado absorber, fundir, en el crisol poderoso, su nueva personalidad (a través de esta renovación, de este renacimiento) se ha elevado muy por encima de la anterior, y han sido un De Mille o un Lubistch, una Pola Negri o una Greta Garbo... Si la vieja personalidad se ha rebelado, encostillándose en su dado contorno, oponiéndose a la metamorfosis, entonces han resultado... esos pobres muñecos cinematográficos que fueron Novelli y la Borelli, y los «sociétaires» de la Comedia Francesa.

Los hombres de teatro, las gentes de teatro, pueden ser, en el cine, elemento precioso, mas no precisamente por su conocimiento de una técnica que es indispensable que olviden, sino porque son hombres, gentes de sensibilidad, de dúctil espíritu, de ancha fantasía. Es decir: que lo tienen todo... a condición única de la humildad precisa para acceder a la renovación, al renacimiento.

Marià Luz



He aquí a Tallulah Bankhead y Clive Brook, dos actores teatrales que han sabido renovarse.

(Foto Paramount de la película «Honor mancillado».)

EVOCACIÓN DEL CINE MUDO



SEGÚN todas las trazas, ha muerto el cine mudo, por lo que resultaría vano intentar resucitarlo. Cada cosa sigue su evolución fatal, a cuyas leyes no sabe sustraerse, y la fatalidad del cine lo impelia, sin duda, a evolucionar hacia el sonido. Inútil, pues, repetimos, oponernos al hecho consumado, e inútil oponernos siquiera a las predestinaciones que lo determinarían. Partidarios o no del cine sonoro, hemos de comprobar, con júbilo o con pena, cómo el cine sonoro implica un hecho consumado ahora y cómo nació predestinado a ser sonoro el cine.

Por consiguiente, no protestamos ya ante la sonoridad del cine, ni mucho menos reclamamos un mutismo ya imposible, y si nos obstináramos, nos quedaríamos solos, sin que sirviese de nada en absoluto nuestra obstinación, puesto que nadie nos haría caso. Pero aceptar, de buena o mala gana, el cine sonoro, atenerse a él, de ninguna manera comporta renegar del cine mudo, al cual debemos inefables ratos. ¿Se nos permitirá evocarlos sentimentalmente, evocando asimismo el silencio de ayer entre el ruido de hoy y las presunciones acústicas de mañana?

Quizá murió el cine mudo porque había llegado casi a la perfección, conforme llegará el cine sonoro y morirá a su vez para que lo sustituya o amplíe el cine en colores auténticos o el cine con relieve. Pretendemos hablar de esta casi perfección dentro de esta mudéz también casi perfecta, universal y discreta, en fin de cuentas, siempre. ¿Os acordáis...? Amenizaba el espectáculo una orquesta, a menudo un simple piano, que «no oíamos» cuando el espectáculo nos interesaba de veras hasta el punto de afluir a un único sentido nuestras facultades perceptivas, así reconcentradas maravillosamente.

Y se operaba el milagro de bastarnos tal sentido, de estorbarnos los demás, de prescindir de ellos sin el menor esfuerzo.

Recalquemos la idea de per-



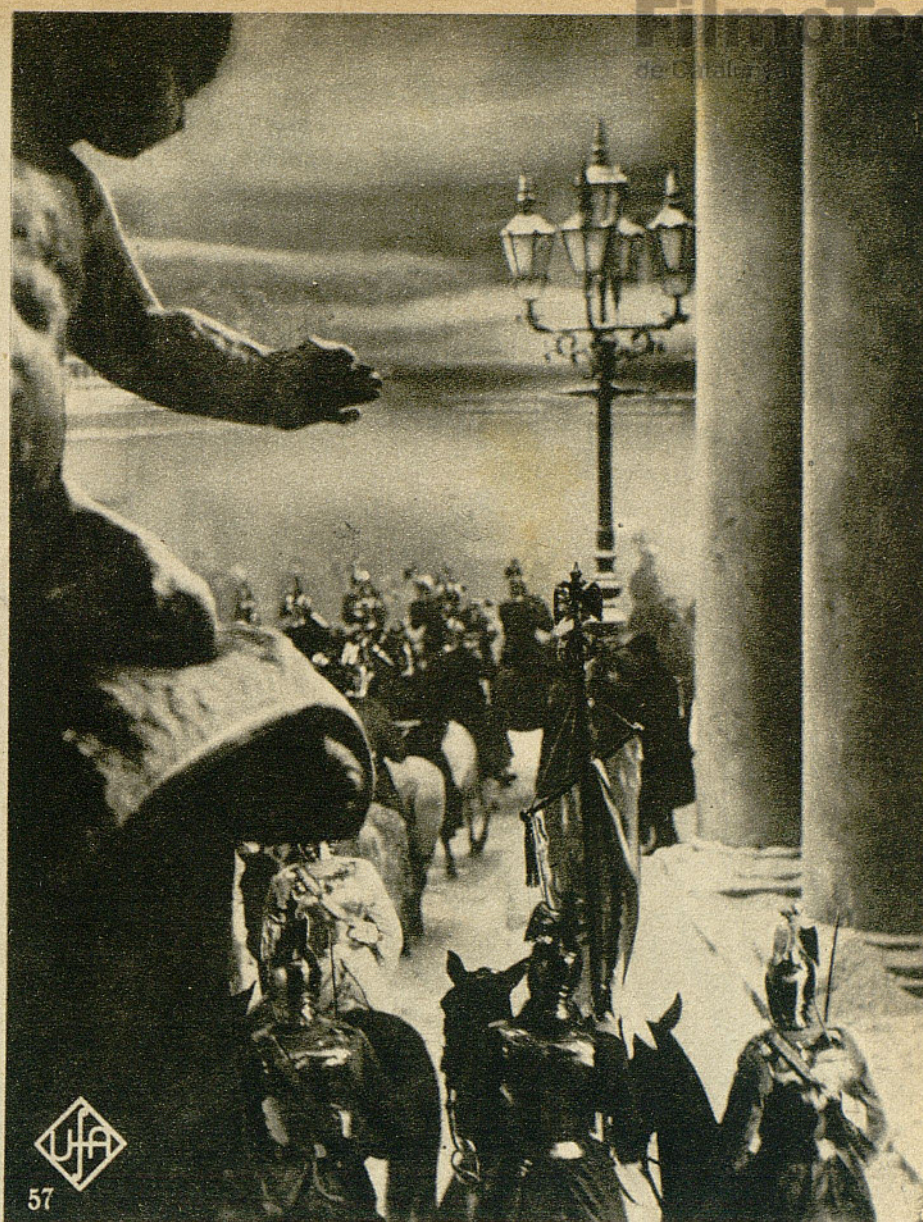
Gustav Froelich y Betty Amann en la producción Erich Pommer, de la Ufa, *Asfalto*, una de las últimas obras maestras del cine mudo

fección. Desde que apareció, varios años atrás, aquel «film» de Dupont titulado «Varieté», debimos conjeturar que el cine mudo iba a morir pronto por no poder pronto superarse. En efecto, aunque al presente se nos antojara un poco anticuado, se nos antojó insuperable «Varietés» entonces. Sucedieron a aquella europea obra maestra otras obras maestras europeas y norteamericanas que suscitaron un verdadero momento culminante de la cinematografía muda. Por último, a raíz de «Asfalto» o de «Las mentiras de Nina Petrowna», dos de las mejores muestras postrimeras de esta cinematografía condenada, se inició el período agónico y comenzó a sonar y a balbucear el nuevo cine.

Entretanto, Charlot permanecía fiel al cinema sin voz, donde se reveló y que contribuyó a ennoblecer con su espiritual aporte. Se rodaban «Las luces de la ciudad», película sonora por exigencias de las circunstancias. El gran mimo



Charlot, en *Las luces de la ciudad*, se negó a hablar, aprovechando un pasaje para burlarse del cine hablado



Original ángulo de mira en *Las mentiras de Nina Petrowna*, otra de las últimas películas mudas europeas que honraban el séptimo arte

negóse a hablar, aprovechando en un pasaje las ventajas de la sonorización para burlarse de la sonorización precisamente... Claro que, esto no obstante, el cinema sonoro continuó su camino, y sin perjuicio de obtener «Las luces de la ciudad» un éxito, su éxito no disminuyó el del cine sonoro, sino que lo reforzó al tratarse de una película sonora, en resumen.

Actualmente, salvadas las sorpresas del tránsito y las asperezas del primer intento de otra cinematografía, nos complace mirar un poco en perspectiva la anterior. Acaso nos engañe cierto espejismo cronológico, dado lo de prisa que transcurre el tiempo para el séptimo arte; mas la creemos — o, por virtud del espejismo en cuestión, nos lo parece — poseedora de mayores rasgos expresivos que la cinematografía actual. No olvidemos, con todo, que la actual empieza a vivir apenas, y que, a tan tierna edad, no se denotaba la anterior tan adelantada.

Sin embargo, insistimos acerca de lo que tenía de expresiva al expirar su época gloriosa. No cabe discutirlo. Ni antes ni después se ha alcanzado tanta elocuencia de los gestos y de los detalles, probablemente a causa de no disponer

aún del sonido para apoyar la expresión, que necesitaba nutrirse de sí propia.

Aparte de su magnitud expresiva, caracterizaban la fase suprema del cine mudo su profundidad y su intimidad, una intimidad de pensamiento y una profundidad de alma que de día en día lo alejaban del teatro. Conducían tales rumbos a cine dramas de corazón adentro, emotivos y misteriosos como algunos aspectos de la literatura. Y he aquí que, sin haber cuajado todavía análogos aspectos cinematográficos, sobrevino un aspecto sonoro, con resabios de teatro y de «music-hall», abortándose algo hipotético, sobre lo que sólo procede pronunciarse por medio de harto problemáticas hipótesis.

Cuanto acabamos de exponer envuelve una nostalgia, conmovida nostalgia del pretérito a la postre. No quisiéramos, empero, que tornara el cine mudo, igual que no quisiéramos retrotraernos a un pretérito abolido. De volver a visionar algunas admirables producciones mudas, no nos satiarían verosimilmente, y por eso preferimos añorarlas a sentirlas incompletas luego de haberlas admirado con razón en oportuno instante.

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

INGENUAS Y MUJERES FATALES

MAGDE
EVANS



la fortuna de proyectar sobre la pantalla la verdadera efígie de una ingenua. Lo repetiré: Mary Pickford. Pero este hallazgo artístico lo explotaron con la misma abigarrada banalidad con que acostumbran a explotar una nueva pluma fuente o unos tirantes irrompibles. Invadieron la tierra con los retratos de sus ingenuas.

Todo el mundo, junto con el paquete de tierra de ladrillo para limpiar los cubiertos, dentro del pote de maicena, pegado sobre la caja de galletas, adherido a la funda de los mazos de cigarrillos, encontraba un retrato de la ingenua de turno que, claro, no tardaba en ser imitada, remedada y, al fin, desprestigiada.

Y el negocio de las ingenuas se vino abajo.

No recuerdo si antes o después, había pasado, o pasa, lo mismo con la «mujer fatal». Aunque lo de la mujer fatal fué un poco más serio. Lo de las «mujeres fatales» dió ocasión a que se creara, dentro del maquetismo bufo, un arte imitativo y caricaturesco, que no tuvo otra misión que la de poner en ridículo las exageraciones sentimentales de la Bertini y las absurdas seducciones de Pola Negri.

Bien; pues ahora los americanos han descubierto una actriz, Magde Evans, que, aunando la «mujer fatal» y la «ingenua», y prestigiando esta fusión con su indiscutible talento, ha desvulgarizado la rutinaria de estos dos tipos cinegráficos y ha creado uno nuevo, lleno de atracción.

Sólo conozco de esta nueva actriz tres «poses»: las mismas que ilustran este escrito, aparte de algunas críticas de los periódicos publicadas a raíz de la proyección de su primera película. Pero no necesito conocer más, para ver que inicia una nueva

modalidad dentro del cine, tan suya, tan sin parecido a ninguna de las explotadas por las estrellas consagradas, que estoy seguro que no tardará mucho en que su nombre sea popular y su peculiaridad artística imitada, si es que ello es posible.

Besar parece algo sencillo e inmutable.

Y, sin embargo, pocas actrices de cine ofrecen un beso como Evans lo hace. Incita tanto, que entran deseos de besar esos labios muertos de la fotografía. Tan natural es el deseo que inter-

EN honor a la verdad, pocas «ingenuas» y «mujeres fatales» del cine se parecen a las ingenuas y mujeres fatales con que se tropieza uno en el mundo. La ingenuidad de la ingenua del cine es tan blanca, tan sin contenido erótico-sentimental, que más que ingenuidad parece ñoñería. La fatalidad de las mujeres fatales del cine es tan cinematográfica, tan espectacular y tan de «guión», que en cuanto se las ve en la pantalla se adivina que en ellas no hay otro factor fatal que el que el director suministra.

Claro que el cine dió una ingenua real y verdadera: Mary Pickford, del mismo modo que Ford fabricó, en su día, un «ford» auténtico: el primero que salió de los grandes talleres de Detroit. Todos los demás han sido «fords» apócrifos. «Fords» standardizados, fabricados en serie, sin autenticidad ni «alma». Y algunos de ellos hasta sin decoro. Y no por culpa de las «explotadas» máquinas, sino a causa del ditirambo empleado por sus explotadores para pregonar la bondad de las mismas.

Los cineastas norteamericanos tuvieron



Una joven y un jardín... ¡espléndido material de romance!..., sobre todo cuando la joven es Madge Evans, deliciosa actriz de la Metro - Goldwyn - Mayer

preta, y tan ingenuamente expresado está, que ni siquiera disimula el instinto sensual que aflora en sus labios.

El galán que finja amores con ella durante la «toma» de las películas, cuando bese a la Evans, tendrá, efectivamente, que besarla; y en vez de unir sus labios a los de ella y permanecer con las bocas juntas varios minutos, como es costumbre con las demás actrices, con la Evans tendrá que besar.

De la movilidad muscular del rostro, de la posibilidad mímica de su cara, da



Madge Evans, actriz de la Metro-Goldwyn-Mayer, una de las «favoritas de la pantalla»

una idea la facilidad con que pasa, del estado de ensueño con que ofrece un beso a un enamorado quizá quimérico, a la actitud bronca y jarifa de la fotografía, en la cual aparece sobre el respaldo de un sillón, para mostrarse luego, en un alarde transitivo y de dominio absoluto del gesto, en esa serena y apacible «pose» de égloga virgiliana, sentada sobre la empalizada de un rústico jardín.

En efecto, esta ingenua que tan fácilmente pasa de un estado de alma a otro, forzosamente ha de ser una «mujer fatal». Y ser «ingenua» y «mujer fatal», sin parecerse ni a unas ni a otras, es, sin duda, el mayor mérito de Madge Evans.

ANTONIO ORTS-RAMOS

For
Films Selectos
With warmest regard
Anna May Wong
相和黃



ESCENA Y PANTALLA

ANNA MAY, LA VENUS ORIENTAL...

Crónica de los Estados Unidos (especial para
"Films Selectos") por Mary M. Spaulding

ANNA May, la brillante, la exquisita, vuelve a triunfar... De nuevo su raro talento y su belleza exótica conquistan los honores que tan merecidos tiene...

Acababa de escuchar los delirantes aplausos del público neoyorquino cuando otra compañía, que admiró su labor en «El expreso de Shang-hai», le ofreció una nueva oportunidad en el cinema.

Al partir de la gran metrópoli para volver a perderse entre el engranaje de cámaras y reflectores de Hollywood, sorprendo en los ojos bellísimos de Anna May una luz nueva, una alegría que casi rompe la tradición de esfinges de que gozan los orientales...

Es la alegría de volver al «set». De trabajar de nuevo en aquello que forma parte de nuestra vida misma. Una vez que se actúa en películas no es lo mismo aparecer en la escena del teatro legítimo. Anna May es la artista para los dominios de la pantalla luminosa.

Comparo esta expresión de hoy, al partir, con la que hace pocos meses sorprendí en ella, mientras que recorría el cuarto del hotel donde se hospedaba,

esperando la hora de salir para el teatro...

Sus pasos leves se confundían con el tic-tac del reloj de bronce que marcaba los minutos. Exigente reloj de artista que llama imperiosamente, con fidelidad de esclavo o voz de dueño, para aparecer en las tablas...

En una mesa occidental, un pebetero del Oriente dejaba escapar la mística columna de humo blanco..., y por la pieza toda, se esparcía un olor a templo.

Sobre un diván se mezclaban curiosamente dos trajes magníficos: uno, cuajado de cristales que brillaban con intensidad de diamantes — parte del vestuario con que aparece Anna May en escena, deslumbrante como todos los

oropeles de la farsa —; otro, sencillo, severo, elegante y refinado, que usaría la distinguida actriz después de la función para asistir a una recepción dada en su honor...

Un espejo veneciano refleja parte de la cámara íntima, en la cual los chapines de raso se confunden con las sandalias chinas. Sobre la mesa un bouquet de rosas pálidas.

En sus manos aristocráticas, de dedos largos y uñas sangrientas, estrujaba un periódico de última hora... Lo habíamos comprado juntas al penetrar en el hotel.

En la frente de Anna May se dibujaban dos líneas profundas de cansancio o de sufrimiento.

La china bellísima que una tarde en el año 1929 me dijera: «Yo no tengo fronteras; yo soy una ciudadana del mundo», ha sentido cómo la sacudida brutal de la guerra aviva en ella el amor al Imperio Celeste, donde descansan los huesos de venerables antepasados, que se agitarían en sus tumbas ante la tragedia infinita que azotaba a su país de murallas y tradiciones.

Resurgió, con el ruido homicida de las

bombas japonesas, el amor fuerte, el amor hondo y apasionado que cada chino, a despecho de su aspecto frío y serenidad de esfinge, siente en cada fibra de su alma hermética por su Oriente inmortal y hermoso, por la patria que le ha visto nacer y que guarda las sublimes doctrinas de Confucio.

En el periódico que estrujaban sus manos marfileñas, había fotografías que pintaban las tragedias de niños enterrados entre las ruinas de hogares destruidos por bombas criminales. Heridos transportados en camillas, bajo la acción espeluznante de las batallas de Chapei...

¡El terror! ¡El hambre! ¡La destrucción!...

En los ojos grandes, ligeramente oblicuos de Anna May, no se leían odios, sino dolor. Una mezcla de dolor hondo y terror supersticioso...

Porque, a despecho de su cultura, de la educación adquirida en el Occidente y de su trato con las razas blancas, Anna May es oriental y guarda en su alma la creencia de sus leyes inmortales.

A pesar de su participación en los films, de sus diversos «roles» de sofisticación, Anna May sigue creyendo en el poder misterioso de Buda, que con los ojos bajos, con las pupilas impenetrables y la serenidad del rostro, sigue rigiendo los destinos de cada súbdito del Celeste Imperio.

¿Cuál será el final de esta conflagra-



Anna May Wong, la Venus Oriental, en la hermosa toileta que hizo la sensación de Broadway en la pasada temporada, de donde surgió el nuevo contrato de la estrella china. Con Anna May Wong aparece nuestra redactora en Norteamérica Mary M. Spaulding.



ción fratricida? parece que decían los ojos de Anna May al perderse, vagos, entre la columna de humo que ascendía al techo. Acaso no castigará este gran Buda la destrucción en la cual perecen sus hijos aplastados bajo el plomo; caen sus templos y se estremecen sus muertos en que China toda, al conjuro de una siniestra ambición, cae, después de una heroica defensa, para verse arrastrada quizás en la corriente de ultracivilización que hará temblar a los Mandarines en sus criptas.

El reloj avisó la hora de partir. Y nos encaminamos al teatro. Del sueño macabro, donde entreveía calamidades, destrucción, muerte y miseria, surge Anna May de nuevo: la artista, nerviosa, ligera, consciente de sus deberes para con el público. Se echa sobre los hombros una

Anna May Wong y su hermana menor María, que ha tomado parte en algún film, aunque en parte insignificante.

capa y se lanza al taxímetro. El Paramount se perdía en una apoteosis de luces y nombres. El anuncio ha tomado proporciones aplastantes en la Vía Blanca. El nombre de Anna May Wong temblaba entre aquella locura de luz.

Media hora después, envuelta fastuosamente en una capa de rojo vivo salpicada de lentejuelas, hacia su aparición en escena...

Canta en chino; con voz melodiosa, de vibraciones parecidas al repique de pequeñas campanas de cristal... Con voz que recuerda rituales religiosos o escenas de sensualismos crueles.

¿Qué dice la canción de Anna May? ¿Es, acaso, una plegería a la Serena Deidad de sus creencias? ¿Es, acaso, un tema de amor? ¿Es una amenaza a las fuerzas desconocidas que aplastan a su raza? Para los que no entendemos las palabras, es un canto de notas tristes que van cayendo en el espíritu y que convidan a cerrar los ojos y creerse en un sueño de opios.

De pronto, la túnica roja rueda..., cae a los pies de la oriental. Y como un milagro surge a la vista del espectador la figura armoniosa, graciosa y perfecta como una Venus, de esta mujer de raza amarilla que ha sentido los labios de muchos nobles posarse en sus manos de marfil.

Como un hechizo se revela el cuerpo elástico, de líneas puras y curvas delicadas. Es la primera vez que el público

admira a la Venus oriental en todo su esplendor. La carne ligeramente morena contrasta con la pedrería del ligero traje que apenas sube el cuerpo..., el público se siente fascinado. Contiene un instante la respiración, se llena las pupilas con el prodigio de belleza exótica que tiene delante y un golpe de aplausos delirantes hace temblar cada friso del teatro.

Anna May fué una revelación.

Comienza a bailar y arranca el aplauso arrebatado de entusiasmos. ¿Cómo se podría describir la danza de Anna May?

Es la danza más corta que he visto bailar. Es un instante sólo que recuerda a la Garbo frente a la estatua de bronce, representante de un ídolo perverso, en la película «Mata-Hari»... En este momento en que Anna May baila, hay una sugestión de sensualismo tal, una mezcla tan rara y extraordinaria de voluptuosidad y serenidad, que el cerebro mertillean queriendo adivinar el significado de aquel baile... Mas el simbolismo queda en el misterio. Dos bailarinas recogen la capa color de sangre y cubren con ella los hombros de la artista que se aleja... Y que no aparece más en escena, a pesar de los aplausos que hacen estremecer al teatro. Detrás de bastidores la esperaba yo, llena de emoción. Porque Anna May es una amiga de muchos años, de los pretéritos días en que, juntos en el «set» de la «Metro-Goldwyn-Mayer», almorzábamos juntos Lon Chaney, ella y yo.

Y ahora de nuevo parte Anna May para Hollywood. Parte contenta porque va a filmar de nuevo y porque ahora su actuación en la pantalla de Norteamérica es más definitiva que nunca. Y parte contenta porque la visión de muerte y destrucción ha cesado... Y aunque los hogares, allá en la patria lejana, hayan caído bajo las bombas japonesas y muchas tumbas se hayan abierto para depositar a muchos hermanos inocentes, ha cesado la guerra cruel y fratricida que despedazaba el corazón de la artista china más famosa y más digna que tiene en su elenco la industria cinematográfica.

Pronto sabremos el éxito de su nuevo film. Y desde ahora deseamos que Anna May conquiste un nuevo laurel.

MARY M. SPAULDING
New York, 1932.



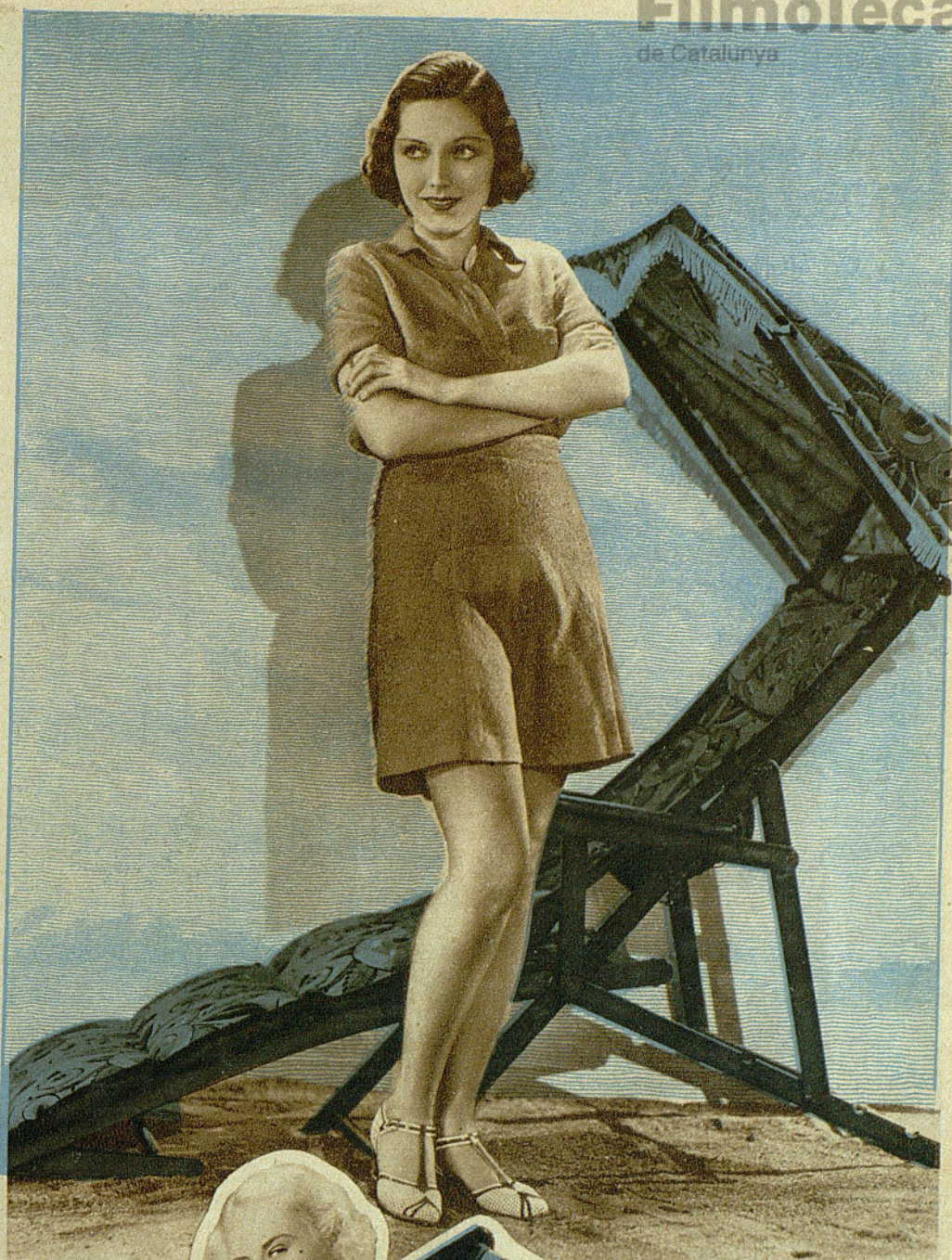
Anna May Wong en una escena de la interesante película «La hija del dragón».



Baños de sol

Cuando el sol del verano se hace insoportable en la ciudad, nos vamos a la playa para exponernos a sus rayos achicharrantes. Es una de tantas inconsecuencias en que incurrimos. En la ciudad hay altos edificios, grandes árboles, numerosos toldos que nos protegen de la lluvia de fuego; en la playa no hay nada de eso, y, si lo hay, lo rehuímos. Lo que allí, atenuado, nos parece insufrible, aquí, en su mortífera plenitud, nos parece delicioso. ¡Cualquiera nos entiende!

La mujer nos supera en esta paradójica conducta ante el sol canicular. Y si la mujer es artista de cine, supera a la mujer en general. Su amor a la arena tostada de la orilla del mar raya en la idolatría. Y es que, en ella, no sólo encuentran los efectos salutariferos de la helioterapia y ese tono moreno para su piel que es signo de rareza y, por lo tanto, de distinción, en aquellas poblaciones norteamericanas donde todos los cabellos son rubios y todos los cuerpos seráficamente blancos; no sólo encuentran eso, sino la ocasión de lucir los más extravagantes atavíos. En la calle, en el paseo, incluso en la soirée de gala, los

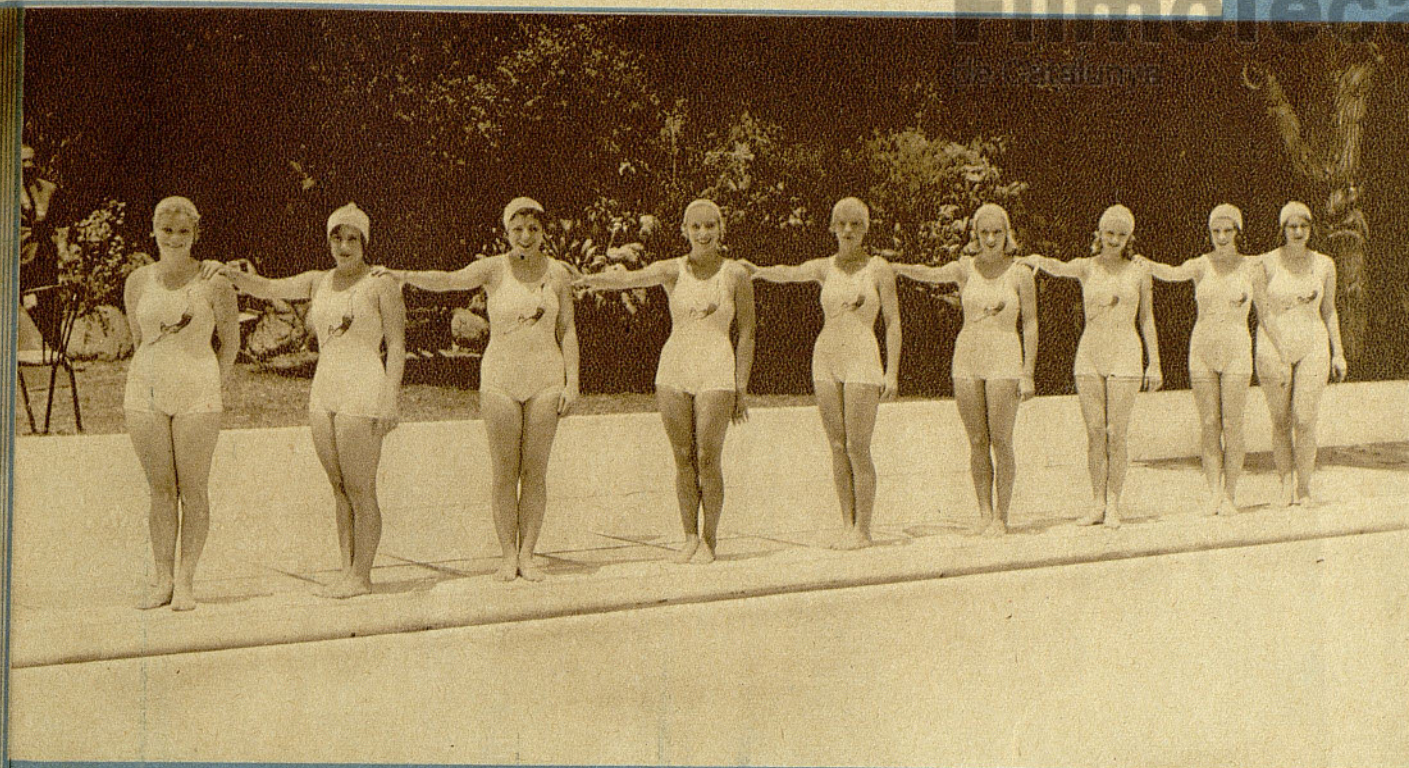


extremismos de la moda tienen un límite. En la playa, en cambio, todo está admitido. El traje de playa, puede llegar, sin que nadie se asombre, lo mismo a la fantasía de carnaval que a la simplicidad del estilo polinesio.

Estas fotos son dos botones de muestra escogidos al azar en una playa de California. La rubia que está sentada, es Paulette Goddard, de los estudios Hal Roach. La que está de pie es Adrienne Ames, de la Paramount. Las dos echan pestes de los veranos de Hollywood, y para las dos es una delicia ponerse como tizones bajo el sol de las playas del Oeste.

Bañistas

En la parte inferior de la página, se ve a Marion Shilling y Lillian Roth, sobre la plancha de la piscina de los estudios Paramount de Hollywood. Junto a estas líneas, Sally Eilers, de la Fox, presenta un traje de baño que deja toda la espalda al descubierto para poder tomar con el mismo el baño de sol. A su lado, Kathryn Crawford, luce un maillot y unas originales sandalias de tacón alto. En la parte alta, a la derecha, un grupo de bañistas, que toman parte en una película deportiva de la Metro, se preparan para lanzarse rítmicamente a la piscina y bajo ellas Wynne Gibson presenta uno de los más modernos trajes de baño y el modelo más usado a principios de siglo.





Frances Dee y Mitzi Green de la Paramount en un rato de ocio disfrutando de un paseo por mar en los calurosos días de verano.



Un buen poeta y dramaturgo español que quiere ocultar, por esta vez, su nombre, nos manda la bellísima poesía que a continuación publicamos, dedicada a la celebrada estrella

GRETA GARBO

*Tu melena, tus pestañas
Greta Garbo, y esa boca
que es como un filo que toca
y hiere... No, no me engañas.*

*Mirada de chica buena,
palidez de alma sufrida,
pero esa boca, esa herida...
¡y el reto de tu melena!*

*Reto para las crispadas,
viriles manos amantes...
Luego, el beso, jadeantes,
¡fundidas ya las miradas!*

*No me engañas como ves,
eres el mal... Mas, te veo,
y los canes del deseo
van a arrastrarse a tus pies.*

Abel ROJO

MG 2
M



Anita Page y Robert Young, sobre las carre-
tadas de arena de que
hablamos en el artículo.

FABRICANDO LA NATURALEZA

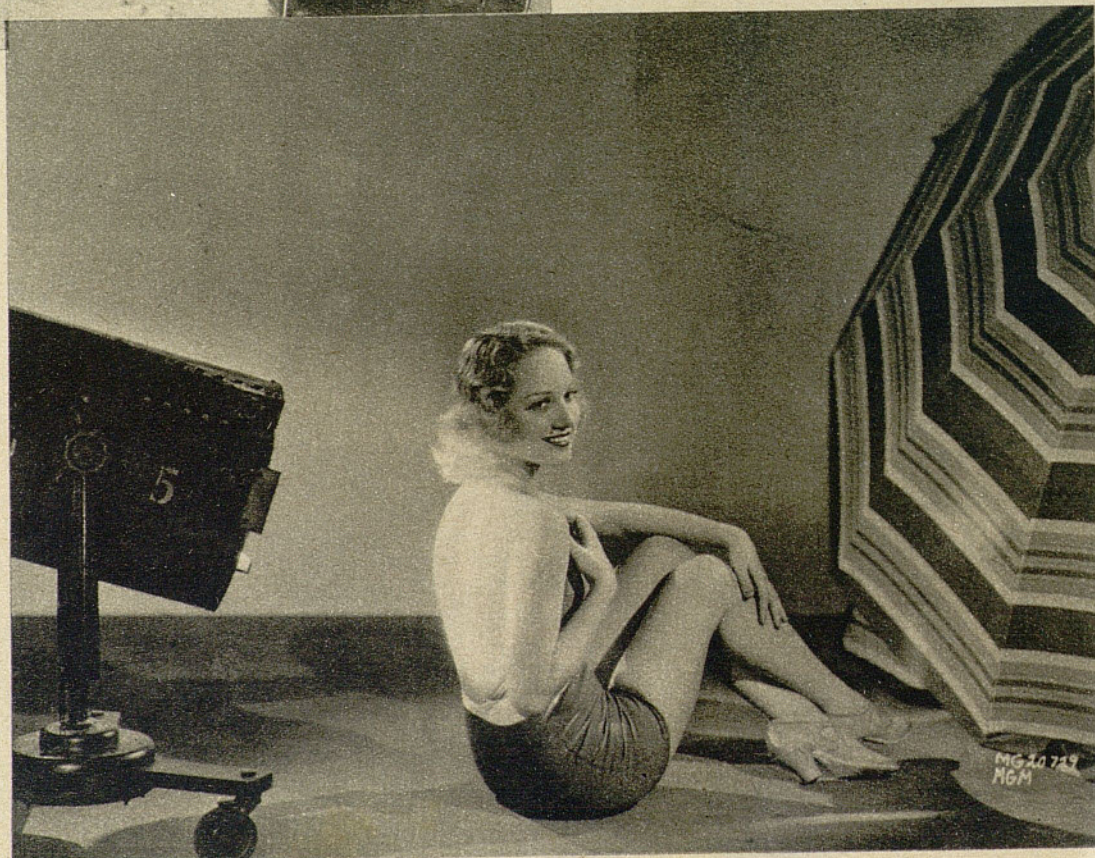
EN los Estados Unidos se
fabrica todo. De las
manos diabólicas de un
químico surgió un día el
sol artificial, de modo que
la helioterapia puede apli-
carse de noche y en tiem-
po nublado. El aire lo
guardan en depósitos pa-
ra usarlo cuando les con-
venga. Las vitaminas en-
cerradas en frascos sub-
stituyen a los frutos de la
madre tierra. Las agencias

nos comunican que acaban de descubrir el
modo de fabricar grandes diamantes legíti-
mos. E incluso se consiguió construir un
hombre de acero, cuyas facultades se acer-
caban mucho a las de un ser humano. Na-
turalmente, a este prodigioso muñeco le fal-
taba el soplo espiritual. Pero ¿acaso no ca-
recen de él, casi por completo, algunas
personas?

Pues bien, todo esto no es nada comparado
con lo que se hace en Hollywood. El cine
tiene a veces exigencias comprometedoras. De
pronto, en el transcurso de un film, y a lo
mejor sólo para darse un beso, el héroe y
la heroína han de aparecer junto a las ca-
taratas del Niágara. En cualquier otro país,
el problema no tendría más que estas dos
soluciones: o modificar la obra situando el
beso, por ejemplo, debajo de un árbol o ha-
cer un viaje a las famosas cataratas. Pero
para los americanos hay una tercera solu-
ción: fabricar las cataratas del Niágara. In-
mediatamente empiezan a trabajar los técni-
cos y, en menos de una semana, el director
tiene montadas las cataratas en un rincón
del estudio, aprovechando una mesa de co-
cina y varios tubos de goma enchufados al
grifo del lavabo. Naturalmente, el tamaño
de las cataratas es cien o mil veces inferior
al verdadero, lo cual se arregla fácilmente
con un cristal de aumento.

Pero eso no es nada. Nosotros sabemos de
un film que requirió el «traslado» de la In-
dochina a los estudios, y lo más notable es
que la mayoría de los espectadores creyeron
de buena fe que aquellas escenas se habían
impresionado en Asia.

Estas proezas se repiten ahora de continuo.



Leila Hyams tampoco necesita ir a la playa para tomar baños de sol

El cine sonoro es mucho más exigente que el mudo. La obra exige, por ejemplo, que se perciba el rumor de las olas. Pues bien, si el director, fiel a la realidad, hace instalar los micrófonos en la playa, el espectador percibirá cualquier cosa menos el rumor del oleaje. Para que este ruido sea «real», es necesario, por ejemplo, ponerse a rayar pan duro cerca del micrófono. Por eso, para las escenas de playa, los directores se han hecho fabricar una «orilla del mar» con todos los detalles. Verdaderamente, para rayar pan, no hace falta moverse del estudio.

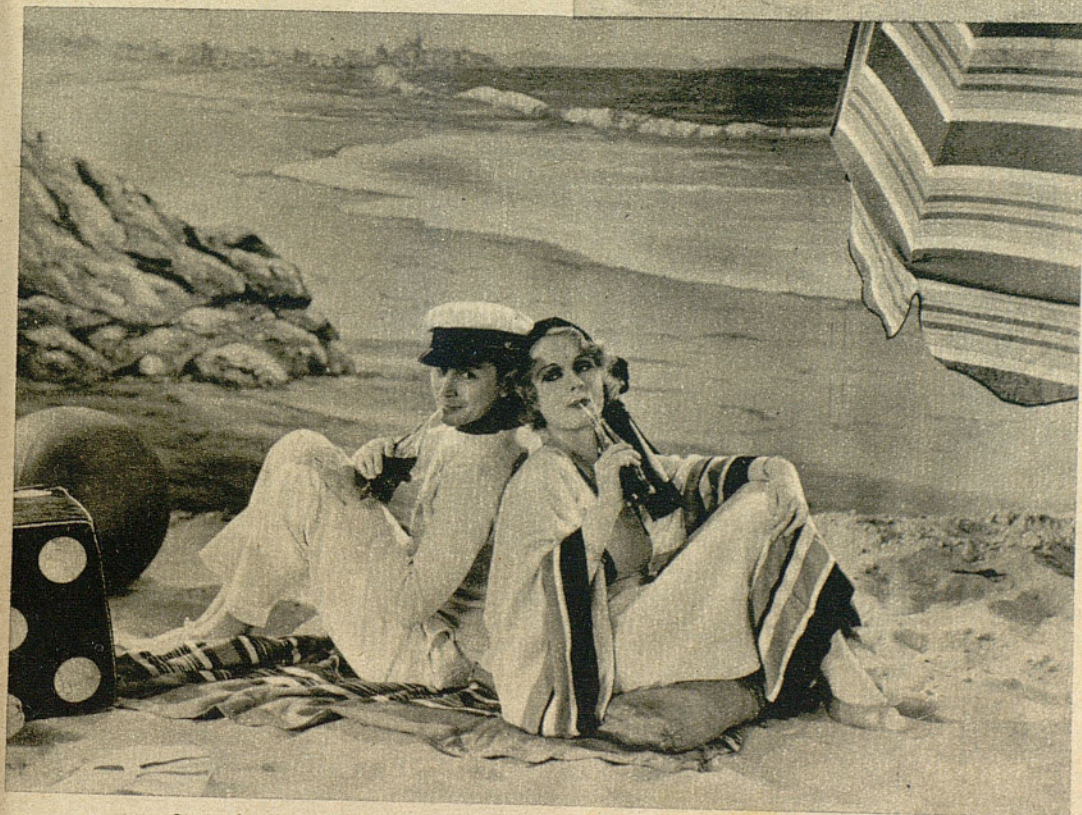
En estas fotos puede ver el lector la playa de la «Metro». Tiene el inconveniente de que, como está pintada y todavía no se ha inventado — pronto lo inventarán los americanos, y, si no, el tiempo — la pintura con movimiento, las olas permanecen siempre en el mismo sitio, pero, en cambio, tiene la ventaja de que los artistas no pueden correr el peligro de ahogarse, ni de coger un reuma, ni de que un cangrejo les dé un mordisco en la pantorrilla.

En todas esas ventajas han pensado sin duda los artistas que aparecen en estas fotos. En vez de trasladarse a la playa con el fotógrafo y con sus trajes de baño, perdiendo el tiempo y exponiéndose a pescar un resfriado, han hecho colocar la decoración, han mandado echar delante unos cuantos carros de arena, y con esto, una sombrilla de playa, un par de juguetes de goma y otro par de refrescos, se han hecho fotos de propaganda para toda la estación.

Como el lector puede ver en las fotografías, los artistas se han confabulado con los



Maureen O'Sullivan pretende hacernos creer que está gozando de las delicias de una playa de verdad.



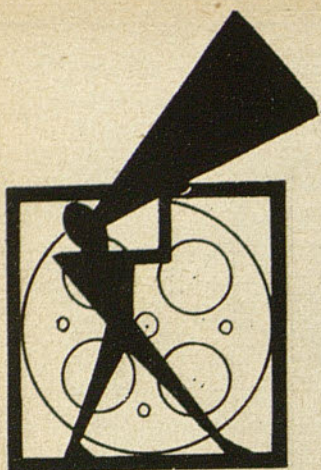
La misma sombrilla, las mismas rocas, los mismos juguetes de goma. Ni siquiera la ola que se ve al fondo ha cambiado de sitio. También esta alegre pareja parece que está en una playa de verdad.

escenógrafos para dar al mundo el «camelo» de que se encuentran en una playa de verdad.

Sus rostros tienen esa alegría pletórica que la mezcla del airecillo del mar y el sol de la playa infunden a los seres humanos.

De modo que ya conoce el lector el truco: con un cuadro de Santiago Rusiñol, un buen fotógrafo y un poco de picardía para poner cara de estar respirando aromas embriagadores, cualquiera puede darse importancia de poseer los jardines más bellos del mundo.

J. B. VALERO



NOTICARIO

* * * * FILMS SELECTOS * *

LA compañía cinematográfica «Venezolana» está terminando la producción hablada en español «El veneno del indio», con Fini Veracoechea, Paquita Santigosa y un notable concurso de artistas venezolanos.

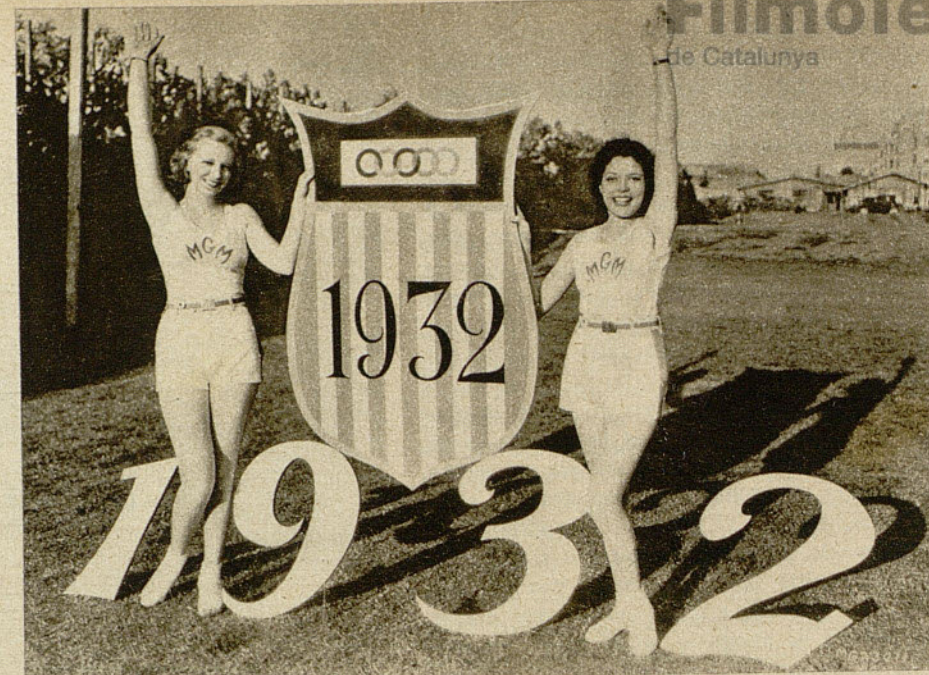
Como se ve, la producción hispana está tomando grandes vuelos. En Méjico, Argentina y Venezuela se preparan para darnos a conocer películas habladas en español con argumentos que serán de nuestro agrado. En España es posible que algún día se haga algo más que hablar de la construcción de enormes estudios, pues, por ahora, las pocas producciones que se están realizando o se proyectan no son producto de importantes compañías, sino del esfuerzo y valentía de señores independientes.

GRETA Garbo, de la que todavía no se sabe definitivamente si firma o no el contrato con doce mil dólares que la «Metro» le ofrece, ha hecho su última película para esa compañía, incluida en el viejo contrato, y que lleva por título «Como tú me deseas». Esta producción fué estrenada noches pasadas en el teatro Capitol, con uno de los mayores llenos de la historia. Semanas antes ya se habían vendido todas las localidades.

GRETA Nissen, tentadora sirena de las películas, acaba de unir sus destinos a los de Weldon Hayburn, quien trabajó con ella en una producción reciente.

JANET Gaynor está cansada de representar papeles de muchacha ingenua. Recientemente rehusó hacer la cinta «Rebecca of Sunnybrook Farm» y en lugar de ésta escogió «The First Year», con Charles Farrell.

HA llegado a Hollywood la hermosa Harriet Hagman, despampanante belad escandinava procedente de los «Vantities» de Earl Carroll y de otras producciones importantes neoyorquinas, quien ha logrado penetrar las barreras de la «R. K. O. Radio» des-



Virginia Bruce (a la izquierda) y Diane Sinclair, listas para dar la bienvenida a los visitantes que acuden a los Juegos Olímpicos de 1932, que se celebrarán en los Angeles en el mes de agosto, aproximadamente

pues de convencer a sus dirigentes, por medio de las pruebas fotogénicas y fonogénicas de rigor, de que ella es buen material para sus películas. Es alta y esbelta; de ojos color verde azulado; cabello rubio y tez marfilina.

Los vestidos de las estrellas de la pantalla suelen costar, por lo general, miles de pesetas, y por tal motivo ha producido gran sensación en Hollywood la noticia de que Joan Crawford, para su nuevo papel en la película «Rain» («Lluvia»), sólo ha empleado en su indumentaria unas cuantas pesetas.

En dicho film, que se ha rodado a base del argumento de una obra de Som-

merset Maugham, hace el papel de una muchachuela de la calle. La prenda más cara de toda su indumentaria han sido los zapatos, con tacones extraordinariamente altos.

MAURICE Chevalier, ¡cualquiera lo diría!, rara vez asiste a una fiesta y es el artista que más se preocupa de su trabajo.

LA Academia de West Point será la base fundamental de la nueva producción «Paramount», que lleva por título «The West Pointer», y en la que figurarán como intérpretes Cary Grant, la nueva estrella masculina de esta compañía, y Frances Dee. Muchas de las escenas de esta película serán filmadas en los terrenos de dicha Academia Militar, con la cooperación del gobierno.

EL señor Spencer E. Eaton, de la Escuela Normal de Keene, prepara la realización de una película sobre la construcción de diferentes máquinas. La Escuela Normal de Keene se sirve mucho del cinema. El año último sus alumnos han visto más de ciento sesenta rollos de películas.

CIERTO productor le dió a un director el siguiente encargo:

—Búsqueme una artista que tenga el magnetismo de Greta Garbo, las piernas de Marlene Dietrich, la voz de Ruth Chatterton y el humor de Marie Dressler. —

A lo que contestó el director: —Ya sé lo que usted quiere: un Jackie Cooper. —

DESPUÉS de estar en cartel por espacio de veinte semanas interpretando el papel estelar de la obra «Springtime for Henry», que se sigue dando en la Via Blanca, Leslie Banks ha abandonado por



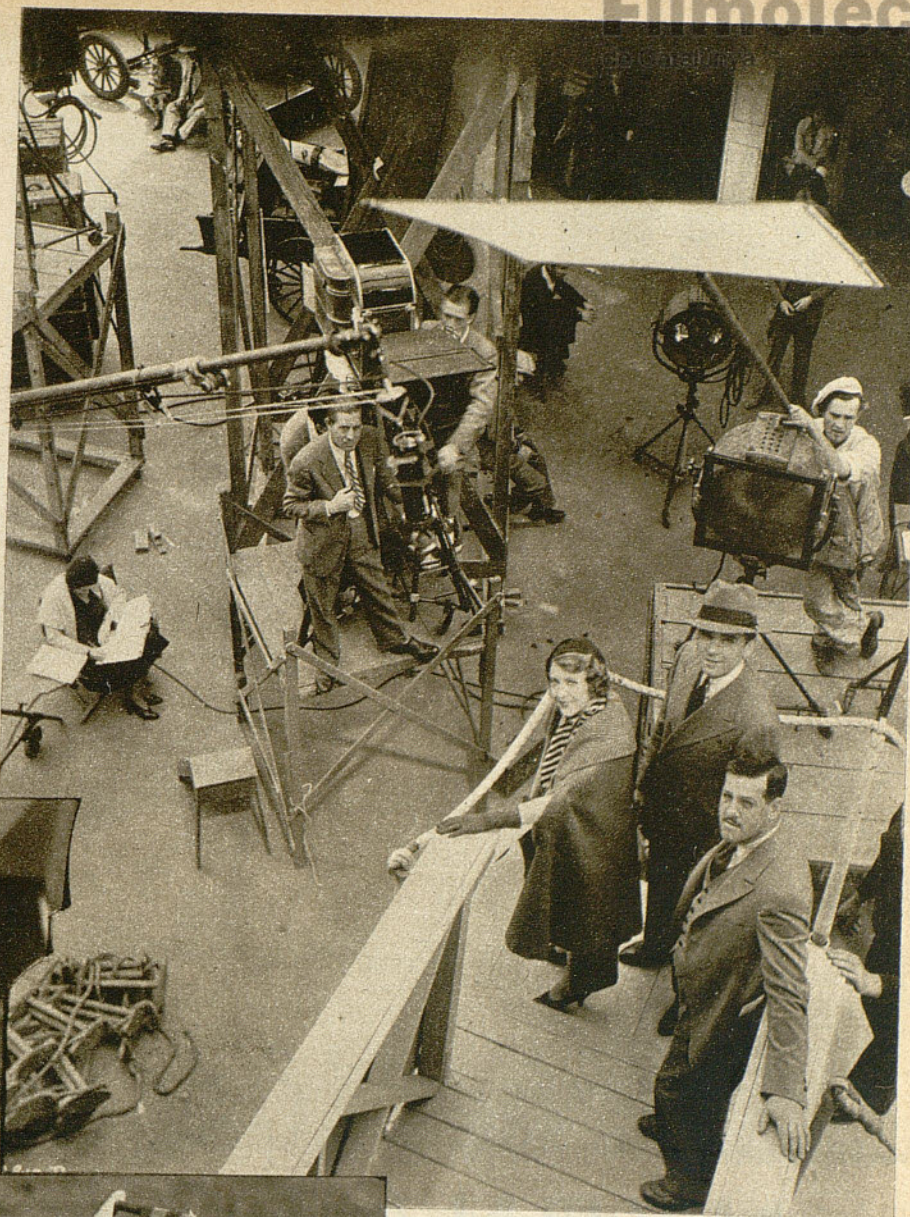
Billie Dove, protagonista de la producción de Howard Hughes, para Artistas Asociados, «The age for love».

primera vez las tablas en favor del lienzo sonoro y acaba de llegar a Cinelandia listo para iniciar su trabajo con la «R. K. O.», editora que está buscando en estos momentos un argumento apropiado para los altos méritos de este famoso actor.

Bajo los auspicios del Fomento de las Artes Decorativas, acaba de fundarse en Barcelona la «Associació de Cinema Amateur», cuyo acto de inauguración se efectuó el pasado día 9, seguido de dos sesiones de proyección en los días 13 y 15.

El presidente de la naciente entidad, don Santiago Marco, expuso en breve parlamento la finalidad que se han propuesto sus creadores; esto es: reunir a todos los aficionados de la cinematografía activa y aprovechar todos los elementos que permite la complejidad del cine, para sacar el máximo rendimiento estético de tal afición. Por eso, la «Associació» aspira a que entre sus inscritos figuren todas las profesiones artísticas e industriales que sientan el deseo de colaborar en cintas de genuinos aficionados.

Para conseguirlo mejor, la Comisión de Material ha organizado ya, para los socios, un servicio de préstamo de cámaras y ha dispuesto convenientemente una sala de proyección para que cada



Dentro del set — ángulos y poses de gran interés —. Nótese cómo luce la distinguida actriz Ruth Chatterton tomada desde arriba por la cámara. (Foto exclusiva para FILMS SELECTOS, envío de Mary M. Spaulding).



uno pueda pasar diariamente las pruebas de sus producciones. Tiene, además, en proyecto la creación de unos estudios, dotados de todos los elementos necesarios, para realizar cintas de arte dentro de la categoría de aficionado, aspirando así a que todo en conjunto sirva como medio de revelación de apreciables valores técnicos para nuestra futura cinematografía profesional.

El consejo directivo de la «Associació de Cinema Amateur» ha quedado formado así: presidente, Santiago Marco; vicepresidente, Pedro Ricart; secretario, Roberto Mainou; vicesecretario, A. Sarsanedas; cajero, J. Planells; contador, R. Senties; vocales, Angel Ferrán, Juan Vila, Oriol de Martí, Bartolomé Llongueres, Ramón Sarsanedas y José Sala.

Saludamos cordialmente a la recién creada «Associació» y hacemos votos por que vea pronto realizadas, con la colaboración de todos, sus plausibles aspiraciones.

June Clyde, a causa del calor sofocante de California, ha adoptado el traje de celofán... cómodo y ligero. ¿verdad? Clyde está bajo contrato con la Universal y aparecerá en breve en el film «Back Street». (Foto exclusiva para FILMS SELECTOS, envío de Mary M. Spaulding).



MYRNA LOY

CASOS Y COSAS

LA diosa Kali con un gran sombrero para defenderse del sol. Cleopatra con pecas. Nadie la conocería cuando pasa por la calle. «Née» Myrna Williams en una hacienda de Montana, creció comiendo tasajo y ensalada de hierbas con mostaza. Es la sirena menos «sirenaica» de todo Hollywood. Ni siquiera usa incensarios de quemar perfumes.

Muy dada a las bellas artes, demuestra notable talento en la pintura y escultura. Cuando monta a caballo, el animal sabe que no debe andarse con bromas. Es esbelta y ágil como un atleta. Nadadora vigorosa... Y no es pesada, por cierto, en los campos de «tennis». No habla a troche y moche, pero sus expresiones familiares son devastadoras. Nunca se la ve en lugares concurridos. Ni se ha dicho nunca que estuviera comprometida a casarse. Tiene admiradores, ¡sí que los tienen!, pero huye de conversaciones románticas.

Cabellos rojizos. Ojos grises. Esa caída de párpado es natural. Vive en una villa de Beverly Hills con su madre y su hermano Dave. Toca el piano y ejecuta de memoria «La campana de incendio a medianoche» y «Las nupcias del viento». No puede soportar novelas espeluznantes. Lee ávidamente historia y biografías. Prefiere los libros escritos por hombres a los escritos por mujeres. Y de igual modo prefiere amistades masculinas. Dice que son más duraderas. Personalidad vivida bajo un manto de modestia. Usa generalmente

trajes de «sport» y zapatos escotados. Tiene la misma estatura y peso que la Garbo. Y la Garbo tiene pecas también. Prefiere los colores vivos, pero se sujeta en sus vestidos a los tonos pastel. Comenzó a hacer películas en 1925, después de haber estudiado la danza..., y es todavía ferviente adoradora de Terpsícore. Rodolfo Valentino la lanzó en la carrera del cine con un papel en «What price beauty?». Mucha gente creía que era oriental, hasta que la «Metro-Goldwyn-Mayer» la contrató para sus estudios y le hizo vestir trajes corrientes en «Emma», «Alcohol prohibido» y «After all». Conoce relativamente a pocos de sus colegas actores. Sus amigos pertenecen más bien a círculo distinto de su profesión.

Se gasta el dinero en estampas, acuarelas, porcelanas y bronce antiguos. Prefiere el baño de ducha al de pila. Se deleita con la fragancia nocturna de los jazmines en rama y con la del rocío sobre la hierba recién cortada. Detesta ver canarios encerrados en una jaula. Asistió a un colegio exclusivo para señoritas... pero no se suavizaron allí los vigorosos rasgos de las praderas de Montana. Su cumpleaños es el 2 de agosto, pero generalmente olvida la fecha hasta que su madre pone en la mesa el pastel del día.

Jamás pierde función de Wigman o de La Argentina. Ambiciona representar personajes dramáticos. Juzga que los papeles de vampiresa se están poniendo anticuados con las estratagemas de las pollitas. Maneja su propio automóvil y pasa las curvas en dos ruedas... si no en una sola. Se encanta con los platos picantes mejicanos... y también saborea con deleite pastas italianas con un montón de salsa. Le gustan los dramas intensos en el teatro y en la pantalla. Marie Dressler y Norma Shearer son sus actrices favoritas. Usa pijamas de brillantes colores entre la casa, pero nunca fuera.

No camina cerca del borde de la acera en las esquinas. Tiene una afición decidida por mirar los escaparates de las tiendas. Detesta a los hombres con barba de dos días...

Siempre echa una ojeada al final del libro antes de comenzar a leer una historia. Le gustan las caricaturas. Se pasa las horas a la orilla del mar en verano.

El olor de los establos le hace sentir nostalgias del terruño. No le gusta cocinar, pero se promete ser una mujercita muy de su casa cuando doble el cuello al yugo matrimonial.

CARMEN DE PINILLOS

TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . . 4 pts.
Caja grande . . 6 "

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

Suscríbase a LECTURAS el mejor magazine ilustrado

Talleres Gráficos de la S. G. de P., S. A., Diputación, 211, Barcelona



Puede usarse
en cualquier época del año.
No se vende a granel.

El Apetito, la Salud, la Belleza,

retornan rápidamente cuando
la anemia se reconstituye con los

HIPOFOSFITOS SALUD

Es el tónico más eficaz para
combatir la **INAPETENCIA**
y la **DEBILIDAD**

Aprobado por la
Academia de Medicina.

JEANETTE MAC DONALD HABLA DE SI MISMA

El buen éxito es una rara combinación de habilidad, suerte y continuidad de esfuerzo. Así por lo menos lo asegura Jeanette Mac Donald, la bellísima «vedette» de la «Paramount», a quien los aficionados a la pantalla tendrán oportunidad de aplaudir, en breve, en la película «Una hora contigo», con el sonriente Maurice Chevalier.

A los quince años de edad, Jeanette Mac Donald pisa por primera vez las tablas de un teatro del Broadway neoyorquino como corista, y sorprende a todos por su maravillosa voz y sus habilidades para el baile.

Deseosa de ser algo más que una «corina», como llaman en Norteamérica a las chicas del coro, un día Jeanette se presenta en la oficina del famoso empresario y «producer» Charles Dillingham.

—Es inútil que pierda usted el tiempo — le dijo una de las secretarias del famoso empresario —. Mr. Dillingham no recibe a nadie.

En aquel momento, Jeanette hizo como los cómicos, que hacen que se van y vuelven, y, sin observarlo la secretaria, se coló bonitamente en la oficina particular de Dillingham por una puerta marcada «Exit» (salida).

—¿Qué se le ofrece a usted? — interrrogó, sorprendido, Dillingham.

—Ver a Mr. Dillingham — replicó la jovencita.

—Ha conseguido su deseo — dijo el empresario.

Dillingham ofreció asiento a Jeanette;

EL HOGAR Y LA MODA es la revista del hogar por excelencia.

hablaron largamente. La linda muchacha explicó al hombre que tenía el destino en sus manos sus ambiciones, logrando impresionarlo favorablemente.

A los pocos días, Jeanette partía para Buffalo con la compañía que debía dar,

en uno de los teatros de aquella ciudad, varias representaciones de la ópera «Night Boat». Una noche, durante una de esas representaciones, una de las principales intérpretes se sintió indisputada, y Jeanette fué llamada a sustituirla.

Algunas semanas más tarde, por idéntica circunstancia, Jeanette tuvo que substituir a la ingenua de la compañía, con beneplácito del público y de la empresa.

De triunfo en triunfo, Jeanette Mac Donald llegó a ser una de las «vedettes» más mimadas del público neoyorquino, hasta que vino la película musical, en la cual la protagonista de «El desfile del amor» logró ver extendida su popularidad por las cinco partes del mundo.

«Una hora contigo» es la segunda película en que Jeanette Mac Donald aparece en la pantalla con Maurice Chevalier; la primera vez fué en la película «El desfile del amor».

HIPOFOSFITOS SALUD

PODEROSO RECONSTITUYENTE. APROBADO POR LA ACADEMIA DE MEDICINA. EFECTOS RÁPIDOS Y SEGUROS

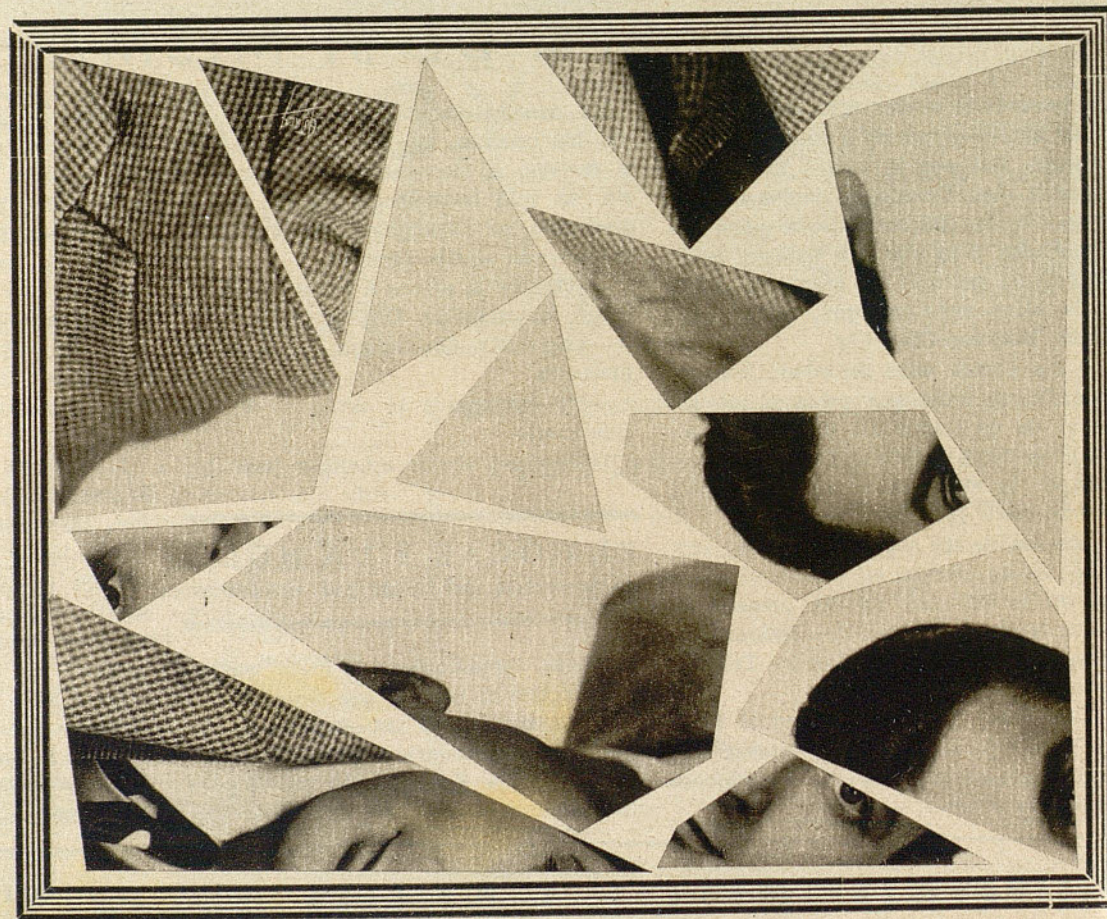
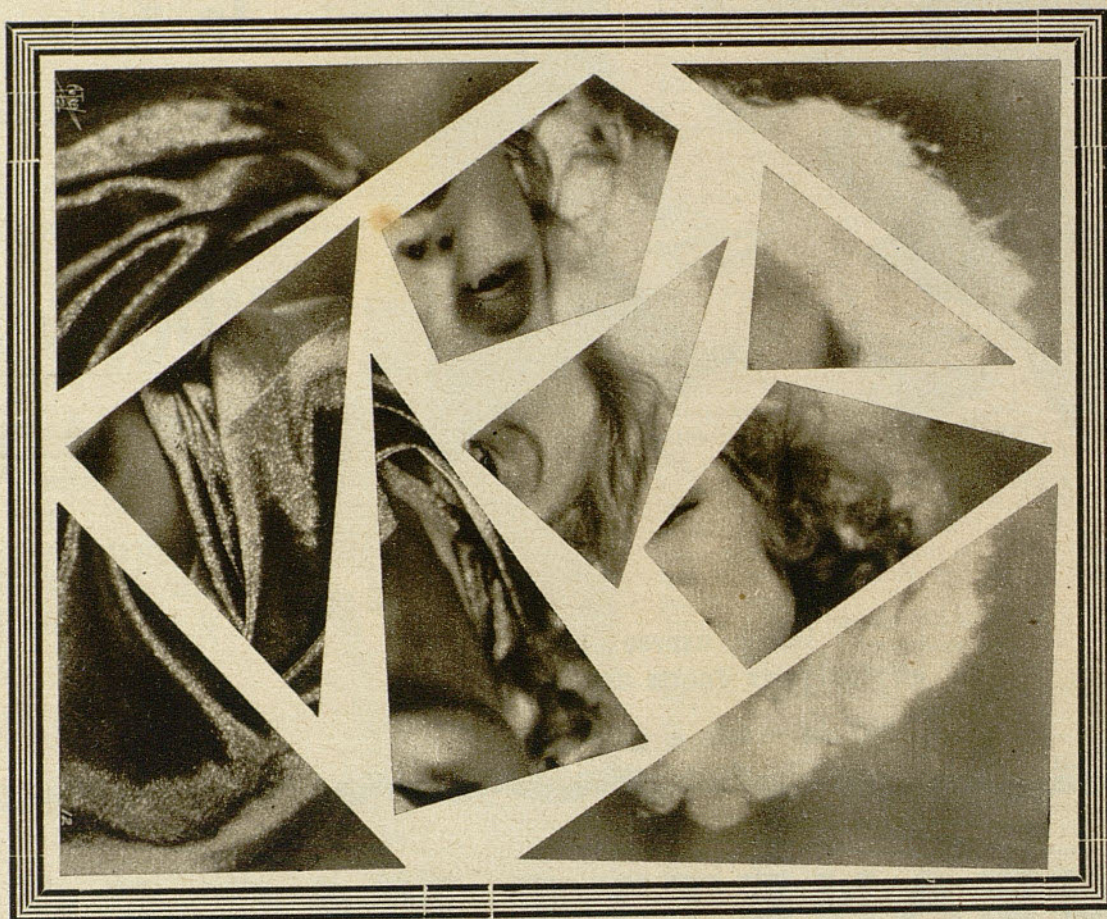
Concurso mosaico FILMS SELECTOS-FOX

FilmoTeca
de Catalunya

**¿Qué
artistas
son?**

**¿En
qué
películas
han
tomado
parte?**

Dos de los doce retratos que hay que reconstituir para optar a los premios que se otorgarán en este Concurso, según las bases que hemos publicado en los números 87 y 91 correspondientes a los días 11 de junio y 9 de julio.



cia, que formaba animados grupos, y pensó que por su gusto preferiría vivir retirada en la espléndida soledad de Taxemburg. No era aficionada a las grandes fiestas, quizá porque desde muy joven se vio obligada a concurrir a ellas.

Mas antes de que respondiera, apresuróse a decir su padre:

— Claro está que sí. ¿Por qué no había de estar conforme?

— Sí... Naturalmente... ¿Por qué no había de estarlo? — repitió ella, como un eco.

Gunter pensó que el brillo de las fiestas palatinas sería irresistible aliente para su joven esposa. Tal vez la esperanza de inclinarse ante un trono fuera uno de los motivos que la impulsaran a casarse con él. Pero el momento no era oportuno para reflexiones: los invitados los rodeaban de continuo, y los contrayentes no pudieron cambiar otra palabra, hasta que llegó la hora de marcharse.

Dagmar no quiso hacer viaje de bodas; pidió a su esposo que desde luego se instalaran en Taxemburg y, como es de suponer, aquél accedió al deseo. La desposada se cambió de raje en una habitación del mismo hotel. La camarera, que ya la estaba esperando con todo preparado, la ayudó a ponerse los atavíos de viaje, y empaquetó prontamente las galas nupciales, uniéndolas al equipaje que el ayuda de cámara del conde (Ruthart había considerado este aditamento indispensable para su yerno), debió llevar a la estación.

Cuando, ya vestida, bajó Dagmar las escaleras, adelantóse hacia ella Gunter, que la estaba esperando en el vestíbulo, y con suprema cortesía le ofreció el brazo para conducirla al auto que esperaba a la puerta, en el que la ayudó a subir, tomando puesto a su lado.

— Te agradezco tu confianza, querida Dagmar — dijo Gunter, besando la nívea mano de su esposa —,

y puedo asegurarte que estoy lleno de la mejor voluntad para que nuestro matrimonio sea feliz, aunque no sea el amor el que nos haya llevado a él. Ahora y siempre te ruego que me consideres como tu mejor amigo, para quien tu felicidad será el norte de su conducta. —

Ella dejó caer su mano sobre la de Gunter; habíase recostado en el rincón del auto y tenía los ojos bajos, para que él no adivinara por su mirada la amargura que le causaron las palabras:

«Aunque no sea el amor el que nos haya llevado a él.»

Eso había dicho Gunter.

Y ella veíase obligada a callar y no podía decir:

«Te equivocas; sólo el amor es el que me ha traído a tu lado y sufro indecibles tormentos, porque tú no correspondes a ese amor.»

Calló Dagmar los segundos necesarios para afirmar su voz, conteniendo después:

— También espero que habrá buena armonía entre nosotros y que la mutua estimación nos bastará para fundar un hogar dichoso y tranquilo. —

Si el miedo a traicionarse no hubiera puesto una nota de dureza en su voz, acaso estas frases hubieran dejado satisfecho al conde, mas tal y como sonaron en sus oídos, reprodujeron la desagradable sensación de frialdad que varias veces había experimentado.

«Se asusta del decisivo paso que acaba de dar — dijo él, tratando de disculpar a su esposa —. Quizá la asalta de nuevo la desconfianza del porvenir y no quiere demostrarlo. Debo proceder con mucha delicadeza, pues me parece que esta hermosa estatua es lo bastante inocente e inexperta para saber a lo que se ha comprometido. Mucha paciencia habré de tener con ella.»

Y para atenuar lo violento de la situación, se puso a charlar de cosas indiferentes.

El besó de nuevo la trémula mano, diciéndole conmovido:

— Gracias, Dagmar... Te creo y ya estoy tranquilo. —

En este momento entró la baronesa. Gunter dejó caer la mano de Dagmar y retrocedió un poco, y ésta se volvió vivamente hacia la ventana.

Al notar la turbación de la pareja, díjose la experta dama: «¡Gracias a Dios que este par de inverosímiles novios parece que se van animando!»

Momentos después llegó el amo y la baronesa mandó servir el té. La presencia del conde hizo que su futuro suegro permaneciera en casa contra su costumbre, para tener ocasión de verle. Se entabló conversación general entre los cuatro que se sentaban a la mesa, pero los ojos de Gunter no se apartaban del rostro de Dagmar, en el que acababa de revelársele un enigma.

Por primera vez había visto en sus ojos una expresión insospechada, y preguntábase confundido si aquella fría reserva no sería una

costumbre impuesta por la educación, más bien que cualidad propia.

Dagmar había vuelto a su habitual modo de ser de tranquila amabilidad, pero en el pecho del conde habíase encendido una tenue luzcita de esperanza... Tal vez su novia no tuviera el corazón tan frío como aparentaba.

¿Por qué le causaba tanta alegría esta suposición?... Sobre esto no conseguía darse respuesta.

Lo cierto era que desde su reciente descubrimiento, la imagen de Dagmar ocupaba su mente y ya no pensaba con tanta indiferencia en su próxima boda. Además, la belleza de la novia no era ajena a este cambio de sentimientos. Indeliberadamente aspiraba a ser un nuevo Pigmalión, a quien fuera dado infundir vida a aquella bellísima Galatea. Mas al formular su mente este deseo, una sonrisa escéptica crispó sus labios y se dijo, cual si quisiera disculparse consigo mismo:

— Al fin y al cabo soy hombre, y circula por mis venas la ardiente sangre de la juventud. —

CAPÍTULO XII

La boda de la hija del opulento industrial con el conde de Taxemburg despertó inusitada expectación en los altos círculos de la sociedad. Se celebró con toda pompa, concurriendo a ella numerosa y lucida representación de la aristocracia de la sangre y del dinero.

No faltaron a ella la gentil Käthe de Roschwitz, con su esposo y padres. Las dos amigas sostuvieron una larga conversación a solas el día antes de la nupcial ceremonia. Dagmar recordó a Käthe su prometedida discreción, respecto al cambio de nombre de Gunter, y la joven esposa del capitán, después de reiterar las seguridades de su silencio, dijo a la desposada que ella misma participó a Lisa Rothberg que su

antiguo novio era ahora conde de Taxemburg, e iba a casarse con Dagmar Ruthart. La voluble muchacha se había puesto verde, asegurando, con mal fingida indiferencia, que no le importaba nada.

— Figúrate, querida Dagmar — prosiguió la rubita —. Según parece va a casarse con un antiguo dependiente de su padre, a quien han traspasado la fábrica en condiciones ventajosísimas para el comprador... ¡Pobre Lisa!... Ya puede renunciar a la esperanza de salir de su esfera. —

Dagmar se quedó pensativa. ¿Qué digna de envidia le parecía Lisa Rothberg, que supo hacerse amar de Gunter! Ella misma se echó a perder la suerte y no tenía derecho a quejarse.

Käthe no concedió más tiempo a ese tema; tenía muchas cosas que hablar con Dagmar y el tiempo escaseaba.

Esta última tuvo la satisfacción de que todo pasara a medida de sus deseos. El conde saludó amablemente a los Berndorf y su hijo fué presentado al capitán de Roschwitz, sin que la menor alusión al pasado pudiera traer a la mente de Gunter la sospecha de la verdadera identidad de su anónima corresponsal.

A la puerta de la iglesia agolpábase una multitud de curiosos, ávida de disfrutar algunas migajas de la fastuosidad desplegada en la función religiosa.

El número y la calidad de los concurrentes daban a entender el preeminente puesto que en la sociedad ocupaba el consejero Ruthart y lo prestigioso de su presencia confirmaba este aserto; su rostro, generalmente frío y severo, no ocultaba la satisfacción que experimentaba por la realización de sus más caros deseos.

Su hija era ya condesa de Taxemburg y dueña y señora de un feudal castillo, y sabía que el soberano del Estado a que pertenecía el condal dominio había visto con muy buenos ojos la combinación, que prometía una importante fuente de ingresos a sus vasallos.

La corte exteriorizó estas excelentes disposiciones, enviando un representante a la boda. Este honor correspondió al democrático príncipe Ludwig, hermano menor del príncipe reinante, y que muy aficionado al estudio de las ciencias naturales, había sido compañero de Universidad de Gunter.

Más tarde siguió con interés los trabajos de éste y leyó su obra muy detenidamente. El príncipe, que habitaba sin cortesana pompa un pequeño castillo de caza, invitó al conde de Taxemburg a pasar unos días en su compañía; la invitación fué aceptada, y ambos jóvenes sintieron aumentar la mutua simpatía durante esa breve temporada, entablado desde entonces una frecuente

correspondencia, en la que trataban principalmente de cuestiones científicas.

El príncipe Ludwig se ofreció con gran placer para representar a la corte en el casamiento de su amigo, y la misión le fué confiada sin la menor dificultad.

Klaus Ruthart rebosaba de gozo al ver la amistad que unía al príncipe con su yerno, admirando no poco la serenidad y desenvoltura con que este último correspondía a las deferencias del hermano de un príncipe reinante.

— Es todo un caballero — decía el industrial satisfechísimo —. Dagmar puede darme las gracias por el esposo que le he escogido. —

Terminada la ceremonia, el príncipe fué el primero en felicitar al flamante matrimonio, y dirigiéndose a Dagmar, dijo:

— Va usted a vivir en uno de los castillos más hermosos de toda Alemania, condesa, y mucho me gustaría volverlo a ver después de las importantes obras que, según he oído, se han hecho en él. —

Dagmar contestó con perfecta naturalidad:

— Sería para nosotros una alegría muy grande el que Vuestra Alteza se dignara honrarnos, haciendo una visita al castillo. —

El príncipe se volvió hacia Gunter, preguntando muy risueño:

— ¿Qué dice usted a esa amable invitación de su encantadora esposa?... ¿Debo aceptarla, querido conde? —

Este respondió inclinándose:

— Uno mis ruegos a los de la condesa para que Vuestra Alteza nos visite en Taxemburg.

— Pues les tomo a ustedes la palabra y ya les avisaré mi llegada... Pero ha de ser a condición de que me reciban como a un amigo, y prescindiendo de toda etiqueta... Sólo me encuentro a mis anchas cuando olvido que soy el príncipe Ludwig... Hartas ocasiones tengo de sufrir las imposiciones protocolarias.

— Haremos cuanto de nosotros dependa, para que Vuestra Alteza

se encuentre bien bajo nuestro techo.

— ¡Bravo! Seguro estoy de que lo pasaré admirablemente, condesa. La compañía de su esposo siempre me ha sido muy grata, y la de usted aumentará el placer. Vivir entre buenos amigos es una aspiración que pocas veces puede realizar un pobre príncipe. —

Cambió algunas frases más con la joven pareja, sin disimular la admiración que le causaba la belleza de la novia.

La blancura del nupcial atavío realzaba los rojizos reflejos de su ondulado cabello y la aterciopelada frescura de su tez. Los grandes ojos gris perla resplandecían como dos luceros, bajo el sedoso arco de sus cejas, componiendo toda ella un conjunto de hermosura tan original como deslumbrador.

Más tarde, cuando va en el hotel donde tenía lugar el festín el príncipe tuvo ocasión de hablar con Gunter, le dijo:

— La condesita de Taxemburg será una de las más bellas damas de nuestra corte. Supongo que la presentará usted este invierno a sus Altezas. —

El conde fijó su mirada de águila en el joven príncipe, al contestar con otra pregunta:

— ¿Cree Vuestra Alteza, de buena fe, que se considere necesaria nuestra presencia en la corte? —

El príncipe Ludwig puso la mano sobre el hombro de su amigo.

— No lo creo, sino que estoy seguro de ello — repuso —. ¿Acaso lo duda usted?

— Mis dudas se fundan en que hace poco que ostento el histórico nombre de Taxemburg, y en que mi esposa no es de ilustre cuna. —

Levantando una mano en señal de protesta, contestó el príncipe:

— Querido conde, no nos haga usted peores de lo que somos. Mi hermano es un hombre ilustrado y con mucho gusto abre las puertas de su pequeña corte al talento y a la ciencia. Ha de saber usted que el príncipe reinante me ha encargado extraoficialmente que influya

sobre usted para que, junto con su esposa, asistan a las fiestas de corte que se celebrarán por año nuevo. ¿Le basta a usted eso?

— Sí tal, Alteza, y en el próximo invierno pasaremos una temporada en la capital del principado, honrándonos con asistir a esas solemnidades.

— Cumplirá usted nuestros deseos, y aprovecharemos el tiempo para charlar de nuestros asuntos. —

Apenas se separó el príncipe del novio, acercóse a éste su suegro nadando en agua de rosas.

— ¿Y bien, Gunter? — preguntó Klaus —. ¡Vaya una conversación larga que has tenido con el príncipe!

— Sí... Me ha participado que se nos espera en la corte y que Dagmar será presentada a Sus Altezas este invierno. —

El consejero asintió vivamente, diciendo:

— Es natural... No esperaba yo menos. —

Dagmar se acercó a ellos.

— El príncipe Ludwig es un muchacho muy simpático — dijo a su esposo.

— Es un joven que vale mucho, dejando a un lado lo ilustre de su nacimiento — contestó Gunter.

— Me alegraré muy de veras de que nos visite pronto en Taxemburg — añadió ella con los ojos brillantes de satisfacción. Había observado el alto aprecio que dispensaba el príncipe a su esposo y esto le granjeaba todas sus simpatías.

— ¿Cómo?... ¿Ha prometido el príncipe visitaros? — preguntó el fabicante.

— Sí, papá.

— ¡Magnífico!... Supongo que le recibiréis cual corresponde. —

Dirigiéndose a su esposa, dijo el conde:

— Su Alteza acaba de comunicarme que se nos espera en las próximas fiestas de corte, en la que serás presentada... ¿Estás conforme? —

Dagmar dirigió una significativa mirada a la brillantísima concurren-



O. P. HEGGIE



JOAN BENNET